

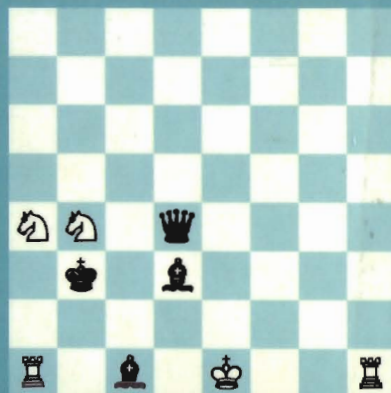
"Cuando uno ha eliminado lo imposible, todo lo que queda, aunque improbable, debe ser verdad"

SHERLOCK HOLMES

"Cuando llegamos, el club estaba desierto. Había varios tableros de ajedrez aquí y allá, algunas partidas terminadas y otras no. Una posición en particular me llamó la atención:

—¿Podrá el blanco enrocar en esta posición? —pregunté, riéndome.— No es que vea alguna razón por la que podría *querer* hacerlo, pero me pregunto, en el caso de que quisiera, si podría.

Holmes observó la posición un momento y contestó: - Es una pregunta fácil de responder. ¿Cuál es su opinión?



(continúa en la página 82)

Acompañe al famoso detective Sherlock Holmes y a su ayudante el doctor Watson durante cincuenta problemas de razonamiento lógico y deducción ajedrecística que plantean enigmas sobre cada situación de juego. No es necesario ser un avelado jugador de ajedrez para disfrutar de los problemas que aquí se plantean; todo lo que se requiere es saber cómo se mueven las piezas.

Raymond Smullyan, un matemático y lógico muy conocido, es profesor emérito de la cátedra Oscar Ewing de la Universidad de Indiana, del Colegio Lehman y del Centro de Graduados de la Universidad de Nueva York. También es autor de *Juegos de ajedrez y los misteriosos caballeros de Arabia*, *Juegos por siempre misteriosos*, *Juegos para imitar un pájaro imitador*, *Satán, Cantor y el infinito* y *El enigma de Scherezade*, todos ellos publicados en esta misma colección.

gedisa
editorial

EXPERTOS 
AFICIONADOS  ←
PRINCIPIANTES 
Juegos educativos



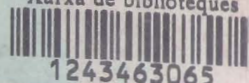
040807

Raymond Smullyan

Juegos y problemas de ajedrez para Sherlock Holmes

AFICIONADOS
Juegos educativos

Diputació de Barcelona
Xarxa de biblioteques



gedisa
editorial

Titulo del original inglés:
The Chess Mysteries of Sherlock Holmes
© by Raymond Smullyan. 1979

Traducción: Elisabeth B. Casals

Primera edición Barcelona, diciembre de 1986
Primera reimpresión México. 1989
Segunda reimpresión Barcelona, febrero de 2000

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Editorial Gedisa, S.A., 1986
Paseo Bonanova, 9 1º1ª
08022 Barcelona (España)
Tel. 93 253 09 04
correo electronico: gedisa@gedisa.com
<http://www.gedisa.com>

ISBN: 84 7432-262-6
Depósito legal: B. 7.218/2000

Impreso por: Romanà Valls, S.A.
Verdaguer, 1 – 08786 Capellades

Impreso en España
Printed in Spain

Queda prohibida la reproducción total o parcial
por cualquier medio de impresión, en forma idéntica,
extraída o modificada de esta versión castellana de la obra.

RECONOCIMIENTOS

En primer lugar, deseo agradecer a un estudiante graduado de mis tiempos en Princeton, quien examinó las versiones anteriores de algunos acertijos que aquí aparecen, y me proporcionó un sinnúmero de sugerencias provechosas. Durante años he tratado de recordar su nombre pero desafortunadamente no lo he logrado. Tengo la esperanza de que lea estas líneas y se ponga en contacto conmigo, para que yo pueda agradecerle poniendo su nombre en mi próximo libro de acertijos de ajedrez.

Es para mí un placer expresar gratitud a todas aquellas personas en Alfred A. Knopf, Inc., por la generosa ayuda que me ofrecieron para la preparación de este libro. Estoy especialmente agradecido a mi editor, Ann Close, por su cuidadoso y muy inteligente trabajo en el manuscrito. Es imposible concebir una tarca editorial consumada con mayor cuidado y habilidad artística.

R.M.S.

*A mi esposa Blanche
y a la memoria
de mi hermano Emile
y de mi querido amigo
Theodore Shedlowsky*

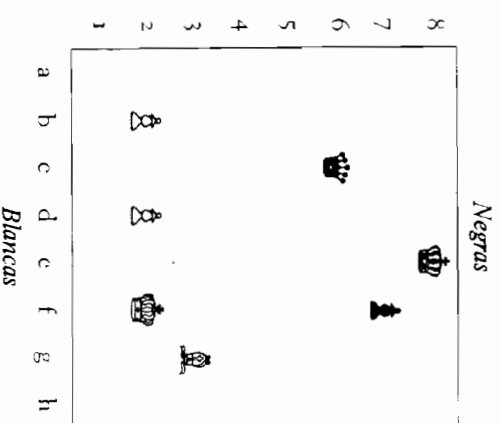
INDICE

RECONOCIMIENTOS.....	7
Una nota para el detective ajedrecístico	11
 <i>PRIMERA PARTE:</i>	
SHERLOCK HOLMES EN EL TABLERO DE AJEDREZ	15
Un problema de dirección	17
Una agradable variación	25
Un pequeño ejercicio	29
¿De qué color?.....	33
Otro problema monocromático	36
Una cuestión de supervivencia	38
El misterio de la pieza faltante	41
¡No puede hacer eso!	50
Dos bagatelas	55
La broma de sir Reginald	59
Nos devuelven la visita	62
El problema de Mycroft	69
Un problema de ubicación	71
“Para conocer el pasado”	78
Estudio de jaques imaginarios	82
Un problema sin resolver	85
 <i>SEGUNDA PARTE:</i>	
LA ISLA DE MARSTON	89
A bordo	91
El enigma del juego de ajedrez indio	95

Otro problema de ubicación	97
Holmes pone fin a una disputa	98
El caso del peón caído	100
¿Desde dónde?	101
¿Difícil?	103
Reflexiones de un lógico	105
Un problema de promoción	110
Sombras del pasado	111
Algunas reminiscencias escalofrantes	117
Un alfil desplazado	122
Un monocromático extraordinario	123
El problema de Lady Ashley	125
Un pequeño engaño	126
En la isla Marston	127
Holmes lo explica	132
EPÍLOGO	142
LOS PROBLEMAS DE MORIARTY Y SUS SOLUCIONES	145
APÉNDICE I: LOS PROBLEMAS DE MORIARTY	147
APÉNDICE II: SOLUCIONES	153
APÉNDICE III: SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DE MORIARTY	165

UNA NOTA PARA EL DETECTIVE AJEDRECISTICO

Suponga que le dijera que en el siguiente tablero ningún peón llegó jamás a la octava casilla. ¿Me creería?



Si así lo hiciera, no debería haberlo hecho, ya que lo que dije es lógicamente imposible! Esta es la razón.

En primer lugar, en todos los problemas de este libro las casillas serán designadas por letra y número. Por ejemplo, en el tablero de más arriba, el rey blanco está en f2, el rey negro, en e8, hay un alfil blanco en g3, la dama blanca está en c6 y los peones blancos, en b2 y d2.

Ahora bien, ¿cómo pudo llegar el alfil blanco a g3 desde su casilla original en c1, si los peones en b2 y d2 nunca se movieron

para dejarlo salir". La única posibilidad es que el alfil originalmente en c1 haya sido comido en su casilla original sin haberse movido, y que el alfil en g3 sea en realidad un alfil promovido. (Después de todo, un peón no se corona pidiendo sólo reina; también puede coronar pidiendo torre, alfil o caballo.) Por lo tanto, la afirmación de que ningún peón jamás llegó a la octava casilla ¡no es válida!

El problema de más arriba, como aquél propuesto en la tapa, es un ejemplo muy simple del tipo de acertijos considerados por Sherlock Holmes en este admirable manuscrito. Dichos problemas corresponden al campo conocido como análisis retrospectivo. Diferentes del tipo de problema de ajedrez más convencional (que se basa en el número de jugadas en que las blancas ganan), estos problemas se basan sólo en la historia *pasada* de una partida. Es fascinante la variedad de preguntas que proponen estos acertijos. Por ejemplo, se podría pensar en una posición en la que una de las piezas está caída (o representada por una moneda puesta en la casilla), y el problema consiste en imaginar cuál es la pieza. Por otra parte, se pueden proponer posiciones de las cuales se deduce que una de las piezas del tablero es promovida, pero es imposible decir cuál. (De hecho, ¡existe una posición en la cual no se puede ni siquiera determinar si la pieza promovida es blanca o negra!)

Incluso es posible, como veremos más adelante, probar que las blancas tienen un jaque mate en dos jugadas a partir de cierta posición, pero al mismo tiempo ¡es *imposible* de demostrar! Aunque parezca increíble, es verdad.

Estos problemas son fascinantes análisis en un razonamiento completamente deductivo. Podría asegurarse que se encuentran en el límite entre la lógica y el ajedrez (de hecho, a veces se los ha denominado problemas de *ajedrez-lógica*). Tienen mucho de condimento psicológico de las historias de detectives, y naturalmente fueron de una gran atracción para Holmes; de hecho, es la única clase de problemas ajedrecísticos que le llamaron la atención. Somos afortunados de que la brillante exposición de Holmes sobre este tema en la primera parte del libro sea tan lúcida que cualquier lector que sólo sepa cómo se mueven las piezas podrá fácilmente seguir sus explicaciones paso por paso. Se habrá convertido en casi un experto en este tipo de razonamiento para cuando llegue a la segunda parte, y estará bien preparado para ayudar a Holmes a localizar el tesoro escondido del Capitán Marston por medio del análisis

retrospectivo. Al mismo tiempo podrá resolver un curioso misterio de doble asesinato.

Es una gran suerte que Holmes haya sido tan adepto a este tipo de problemas ajedrecísticos. Si no hubiera podido resolver uno en particular (ya se descubrirá cuál), este manuscrito nunca se habría realizado, ya que de ese modo habría caído en una trampa diabólica de Moriarty y perdido su vida antes, incluso, de que conociera al doctor Watson.

RAYMOND M. SMULLYAN

Primera parte

Sherlock Holmes
en el
tablero de
ajedrez.

UN PROBLEMA DE DIRECCION

—¿Qué le parece si nos damos una vuelta por el club de ajedrez? —dijo Holmes una tarde.

¡Caramba, Holmes! —exclamé asombrado. — ¡No sabía que era fanático del ajedrez!

No del tipo convencional se rió Holmes. — No me interesa demasiado el ajedrez como *juego*: de hecho, no tengo mucha inclinación por los juegos en general.

—¿Y qué es el ajedrez, si *no* es un juego? —pregunté, atónito.

Holmes se puso serio. —Existen algunas situaciones en el ajedrez. Watson, que desafián la mente analítica con tanta intensidad como cualquier otra en la vida real. Es más, las he hallado muy valiosas para desarrollar esos poderes de pura deducción que son esenciales para desenvolverse en situaciones de la vida real.

Dígame más —repliqué con interés.

—Lo que tengo en mente, Watson, es lo siguiente: en una partida real, ambos jugadores están concentrados exclusivamente en el futuro. Cada jugador intenta controlar el futuro de manera que éste favorezca su propia posición. Así también, en la mayoría de los *problemas* de ajedrez más comunes —las blancas deben mover y dar jaque mate en un número determinado de jugadas— se pone todo el énfasis en hacer algo para controlar el futuro. Ahora bien, aunque los mejores problemas de esta clase me inspiran el más profundo respeto —¡muchos son obras de arte en verdad ingeniosas!— el tipo de estrategias que involucran, si bien inteligentes, no me es de mucha utilidad en mi propio trabajo.

Me temo que todavía estoy a oscuras —repliqué.

Existen determinadas situaciones en el tablero de ajedrez —explicó Holmes— que no ofrecen interés alguno al *jugador* de ajedrez como juego —que no ofrecen interés con respecto a las jugadas

Lasuras, pero que son de vital interés en el sentido de que proporcionan pistas de lo que pudo haber sucedido en el *pasado*.

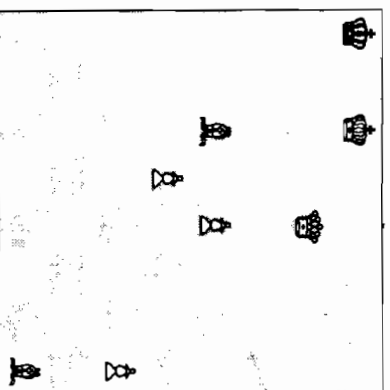
¿Puede darme un ejemplo, Holmes? pregunté con curiosidad creciente.

En otra oportunidad dijo Holmes, poniéndose de pie—. En este momento me gustaría mucho ir al club de ajedrez. ¿Por qué no viene conmigo, Watson? Quién sabe, tal vez encontremos una situación real que ilustre mi teoría.

Me pareció una buena idea, así que tomé mi sombrero y juntos nos dirigimos al club. Este estaba vacío, con excepción de dos personas: el Coronel Marston, a quien conocíamos bastante bien, y un distinguido caballero de aspecto inteligente, cuyo porte era muy agradable y gracioso.

Holmes dijo Marston, levantándose de la mesa de ajedrez déjeme presentarles a usted y al doctor Watson a un gran amigo mío, sir Reginald Owen. Acabamos de terminar una partida muy excéntrica y poco común. Las jugadas fueron completamente alocadas por ambas partes, aunque perfectamente legales, por supuesto.

Así parece —replicó Holmes, mirando el tablero. La posición era la siguiente:



—¿Por qué será, Marston —dijo Holmes— que cada vez que lo encuentro jugando al ajedrez, siempre parece estar jugando con las blancas?

Marston se rió, pero de repente se puso serio. —Pero Holmes, ¿cómo diablos supo que estaba jugando con las blancas? Estoy seguro de que la última jugada se hizo algunos minutos *antes* de que usted o Watson entraran en la habitación. Entonces, ¿cómo es posible que lo supiera?

—Tal vez, —dijo sir Reginald con una sonrisita maliciosa— su amigo lo supo por la simple razón de que tiene usted una pieza blanca apretada en la mano.

—No creo que eso sirva de evidencia —protesté—. ¿Por qué no podría haber sido una pieza comida del adversario?

—En realidad, —se rió Holmes— la observación de sir Reginald es excelente. He observado que cuando un ajedrecista está acariaciando distraídamente una pieza en el curso de la partida, nueve veces de diez esa pieza es una de las propias.

¿A qué se debe? —pregunté.

Es difícil de explicar, Watson, creo que es un asunto de costumbre inconsciente. Tenemos una cierta renuencia psicológica natural a manipular las piezas del adversario. De todos modos, lo cierto es que los jugadores casi siempre manipulamos nuestras propias piezas. Sin embargo, ésa no fue mi pista, ya que el Coronel Marston abrió la mano *sólo después* del comentario de sir Reginald, por eso no vi de qué color era la pieza que Marston estaba sosteniendo. Y aunque la hubiera visto, mi deducción sólo habría sido una probabilidad, y no le habría dicho a Marston con tanta seguridad que estaba jugando con las blancas. En este caso, mi deducción fue mucho más definida: estaba *seguro* de que Marston jugaba con las blancas.

—Pero cómo? —suplicó el Coronel Marston.

Holmes contestó, con los ojos chispeantes: —Creo que será más divertido que traten de resolver este pequeño misterio ustedes solos. Estoy seguro de que cualquier día de éstos, Marston, volveremos a encontrarnos, y si para ese entonces no lo ha descubierto, será un placer para mí decirse lo. ¡Pero me temo que la solución le parecerá muy elemental!

Marston y sir Reginald se concentraron intensamente en el problema y en discutir toda clase de alocadas posibilidades. Un momento después nos fuimos, luego de estrechar la mano de nuestro nuevo amigo, sir Reginald.

—Holmes —dije cuando salimos— me muero de curiosidad. ¿Cómo lo supo?

—Podemos discutirlo con tranquilidad esta noche frente a un tablero de ajedrez. Mientras tanto, qué le parece una visita al Museo y después una buena cena en Agosino?

Varias horas más tarde nos ubicamos cómodamente en Baker Street. Holmes con su bata favorita y fumando su amada pipa.

¿No es una maravillosa coincidencia —dijo, riéndose entre dientes— que tan poco tiempo después de nuestra algo abstracta conversación de esta tarde, hayamos encontrado una situación propicia para el análisis retrospectivo?

—Análisis retrospectivo? —pregunté—. ¿Y qué es eso?

¡Caramba, el tema que estuvimos discutiendo! ¿Ya se ha imaginado cómo supe que Marston estaba jugando con las blancas?

Pues no —repliqué—. Empleé todos los métodos que usted me enseñó, examiné toda la habitación minuciosamente, ¡pero no pude descubrir una sola pista!

Cuando dije esto, Holmes estalló de risa. ¡Toda la habitación, Watson, toda la habitación! ¿Examinó también el resto del edificio?

No se me ocurrió pensar en eso —admití con humildad.

Mi querido Watson —dijo Holmes, riéndose más que antes— sólo estaba bromeando. No era necesario examinar todo el edificio, ni siquiera toda la habitación, ni la mesa, ni a los jugadores, sino simplemente el tablero.

¿El tablero? ¿Y qué tenía de raro el tablero?

—Pues, la posición. Watson, la posición. ¿No recuerda algo peculiar de la posición?

Sí, recuerdo que en ese momento la posición me pareció absolutamente inusual, ¡pero no veo cómo se puede deducir por eso que Marston jugó con las blancas!

Al oír esto Sherlock se puso de pie. —Reconstruyamos la posición. . . Así —dijo Holmes después de armar el tablero como lo estaba aquella tarde— ¿no puede deducir qué lado es blanco y cuál negro? Observe con cuidado, pero no pude descubrir ninguna pista. —¿Es esto un ejemplo de lo que usted llama “análisis retrospectivo”? —pregunté.

—Un ejemplo perfecto —replicó Holmes— aunque debo decir que es extremadamente elemental. Pero fíjese bien, ¿no ve ni una pista?

—Ni una —dije con tristeza—. A primera vista parecería que las blancas están en el lado sur. ¡Pero sólo a simple vista! Sin lugar a dudas la partida está en sus momentos finales, en que no es muy extraño que uno de los reyes sea llevado al extremo opuesto del tablero. De manera que las blancas podrían estar en cualquiera de los dos lados.

—¿No hay *nada* en la situación que le llame la atención, Watson? —inquirió Holmes con desesperación.

Miré el tablero nuevamente. —Supongo, Holmes, que hay una peculiaridad que probablemente llame la atención de cualquiera, y es que el rey negro se encuentra en jaque del alfil blanco. Pero no veo qué relación tiene eso con descubrir qué lado es blanco. Holmes sonrió, regocijado. —Toda la relación del mundo, Watson. ¡Y aquí es donde aparece el análisis retrospectivo! En el retroanálisis —que es la forma corta de “análisis retrospectivo”— debemos sondear el pasado. ¡Sí, el pasado, Watson! Si las negras están ahora en jaque, ¿cuál pudo haber sido la última jugada de las blancas?

Volví a mirar el tablero y repliqué: —Pues, podría muy bien haber sido el peón blanco en e5 que acababa de moverse de e4 y que descubrió el jaque del alfil. Este hecho, por supuesto, supone que las blancas son sur. Pero por otro lado, también podría ser que las blancas fueran norte, en cuyo caso la última jugada fue del peón de d4 a d5. No veo nada definitivo para decidir entre las dos posibilidades.

—Muy bien, Watson, pero si es verdad, como usted dijo, que la última jugada de las blancas fue con uno de lo peones en e5 o d4, entonces, ¿cuál pudo haber sido la jugada de las negras inmediatamente anterior a ésta?

Volví a mirar y repliqué: —Evidentemente con el rey negro, ya que es la única pieza negra en el tablero. No pudo haberse movido de b8 ó b7, por eso debe de haberlo hecho de a7 para salir de jaque.

—¡Imposible! —exclamó Holmes—. Si hubiera estado en a7, habría estado en jaque de la dama blanca y del otro alfil blanco en c5 a la vez. Si la dama hubiera jugado último para dar jaque, las negras ya habrían estado en jaque del alfil. Si el alfil hubiera movido último, las negras ya habrían estado en jaque de la dama. Este jaque imposible se conoce técnicamente en análisis retrospectivo como “jaque imaginario”.

Pensé por un momento, y me di cuenta de que Holmes tenía razón.

—Entonces —exclamé— ¡la posición es simplemente imposible!

—De ningún modo —se rió Holmes—. Es sólo que no ha considerado todas las posibilidades.

—Escuche, Holmes, usted mismo acaba de probar que las blancas no pudieron haber movido último.

—¡Yo no probé nada de eso, Watson!

En este punto ya me estaba poniendo impaciente. —Vamos, Holmes, acaba de probar a mi entera satisfacción que el rey negro no pudo haber movido último.

Cierto, Watson, probé que el rey negro no pudo haber movido último, pero esto no es prueba suficiente para asegurar que *las negras* no tuvieron la última jugada.

Pero, —grité— ¡el rey es la *única* pieza negra en el tablero! La única pieza en el tablero *ahora* —corrigió Holmes— ¡pero eso no significa que el rey haya sido la única pieza negra en el tablero inmediatamente antes de la última jugada de las blancas!

Por supuesto —repliqué— ¡qué estúpido! Las blancas en la última jugada pudieron haber *comido* una pieza negra. Pero —exclamé, más confundido que nunca— ¡cualquiera de los peones en e5 ó d4 que haya movido último no comió ninguna pieza!

Lo cual sólo prueba —dijo Holmes, riéndose— que su conjetura original de que la última jugada de las blancas fue con uno de esos dos peones es incorrecta.

—¡Incorrecta! —exclamé, perplejo—. ¿Cómo puede ser?

—¡Entonces se me ocurrió! —¡Por supuesto! —grité victorioso—. ¡Ahora lo veo claramente! ¡Qué tonto no haberlo visto desde el principio! La última jugada de las blancas fue con el peón desde g2 que comió una pieza negra en h3. Esta toma simultáneamente jaqueó al rey negro y comió una pieza negra, ¡y fue esa pieza —cualquiera que haya sido— la que hizo la jugada anterior!

—¡Bien intento, Watson, pero me temo que no sirve! Si un peón blanco hubiera estado en g2, entonces ¿cómo diablos pudo haber llegado a esa casilla el alfil en h1?

¡He aquí otro acertijo! En este momento dije: —Realmente, Holmes, ¡ahora estoy completamente convencido de que la posición es absolutamente imposible!

—¿Realmente? ¡Bien, bien! Esta es otra prueba de lo que siempre digo: "La convicción, no importa cuán firme, no siempre es garantía de verdad"

—Pero hemos agotado *todas* las posibilidades! —exclamé.

—Todas menos una, Watson: que resulta ser la *correcta*.

—Me parece que ya hemos cubierto todas las posibilidades. ¡Estoy seguro de que hemos *comprobado* que esta posición es imposible! Holmes se puso serio. La lógica —repliqué— es algo muy delicado, muy frágil. Aunque es poderosa cuando se la utiliza correctamente, la más mínima desviación del estricto razonamiento puede provocar las más desastrosas consecuencias. Usted dice que puede "probar" que la posición es imposible. Me gustaría que intentara darme una prueba *absolutamente terminante* de este hecho. (Creo que al hacerlo, usted mismo se dará cuenta de su propia falacia).

Muy bien, entonces —convine— repasemos una a una todas las posibilidades. Hemos o mejor dicho usted ha probado con seguridad que ni el peón en d4 ni aquel en e5 pudieron haber movido último. ¿Correcto?

Absolutamente —dijo Holmes.

¿Lo mismo sucede con el peón en h3?

Sí —dijo Holmes.

¡Seguramente el alfil en h1 no movió último!

—Otra vez sí —dijo Holmes.

Y por supuesto el otro alfil en c5, y la dama blanca, no pudieron haber movido último. ¡Y *seguramente* el rey blanco no movió último!

Hasta ahora estoy de completo acuerdo con usted —observó Holmes.

Pues bien dije ¡la prueba está completa! ¡*Ninguna* pieza blanca pudo haber movido último!

¡No! —exclamó Holmes con júbilo — ¡Esa es una conclusión por completo errónea!

—Hace sólo un minuto grité, fuera de mí — ¡justifiqué *todas* las piezas blancas en el tablero!

—Sí —dijo Holmes, a quien divertía mi consternación— pero no las piezas *fuera* del tablero.

A esta altura, estaba empezando a dudar de mi cordura. Ahora bien, Holmes —dije con completa desesperación— si las blancas

movieron último, la pieza que acaba de mover debe estar en el tablero, ya que las negras todavía no movieron para poder comerla. ¡Las piezas, que yo sepa, no salen del tablero solas!

- Falso - dijo Holmes - ¡y ahí está su error!

En este momento, pestañee y me pellizqué para convencerme de que estaba despierto. Tratando de controlarme, y con calma y lentitud dije: - ¿De verdad quiere hacerme creer, Holmes, que en ajedrez una pieza puede dejar el tablero sin haber sido comida?

- Sí - replicó Holmes - Hay una y sólo una clase de pieza que puede hacerlo.

- ¡Un peón! - dije, con un hondo suspiro de alivio. Por supuesto, cuando un peón llega a la octava casilla, se corona. Pero - continué - eso no nos ayuda aquí, ya que la dama blanca no está en la octava casilla, sin considerar en qué dirección van las blancas.

Holmes replicó: - ¿Existe alguna regla en el ajedrez que diga que un peón, cuando se corona, debe pedir dama?

No, - contesté - puede pedir dama, torre, alfil o caballo. ¿Pero qué relación tiene aquí? ... ¡Claro! dije ¡por su puesto! Debe de haberse coronado con el alfil que está en h1, lo cual significa que las blancas son norte. ¿Pero cómo es que eso deja la última jugada para las blancas? ¡Ah, ya sé! El peón blanco coronado estaba en g2 y *comió* una pieza negra en h1; dicha pieza negra hizo la jugada anterior a ésa. ¡Por lo tanto, las blancas tienen que ser norte!

- Muy bien, Watson - dijo Holmes con una sonrisa tranquila.

- Hay una sola cosa que me preocupa, Holmes: ¿Por qué diablos las blancas pidieron un alfil cuando pudieron haber tenido otra reina?

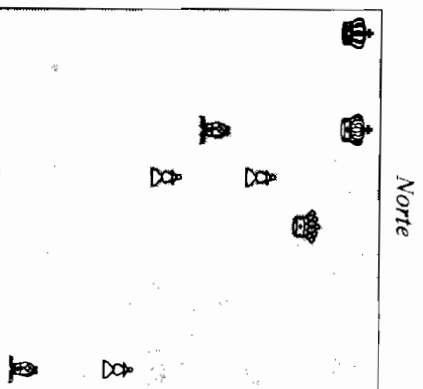
- Watson - dijo Holmes muy cuidadosamente - esa pregunta pertenece al campo de la psicología y la probabilidad, y no al del análisis retrospectivo, que no trata con probabilidades, sino sólo con verdades absolutas. Nunca se supone que un jugador ha jugado *bien*, sino que ha jugado *legalmente*. Así que, aunque sea improbable que tal o cual jugada haya tenido lugar, si ninguna otra jugada es posible, entonces aquélla debe haber sido la jugada que efectivamente *fue* hecha. Como le he dicho muchas veces, cuando hemos eliminado lo imposible, lo que queda, por más improbable que sea, debe ser la verdad.

UNA AGRADABLE VARIACION

Si he llegado a extremos al describir detalle por detalle la aventura anterior, lo he hecho para el lector principiante en el arte del ajedrez detectivesco. En ese momento yo me encontraba en el mismo nivel. A medida que me fui haciendo más experto en esta clase de razonamiento, Holmes me fue dando explicaciones cada vez más cortas de las soluciones a estos problemas intrigantes.

Dos noches más tarde, Holmes y yo tuvimos una agradable sorpresa: una visita inesperada del Coronel Marston y de nuestro nuevo amigo, sir Reginald. Siempre nos alegraba ver al Coronel Marston, quien es un hombre inteligente y divertido. Y sir Reginald nos agradaba cada vez más a medida que lo conocíamos mejor. Después de una ronda de sentador brandy, Marston dijo: - No nos llevó mucho tiempo, Holmes, imaginarnos su pequeña mistificación. Por supuesto, al ser *nosotros* los jugadores, no es mucho el crédito. Después de todo, Holmes, fui yo quien hizo esa jugada tan poco ortodoxa de coronar un alfil. Pero nos llevó un poco de tiempo darnos cuenta de que desde el punto de vista de esa posición, no hubiera sido posible ninguna otra última jugada.

Holmes, deleitado, se puso de pie y dijo: - ¡Sabía que lo resolvería, Marston, lo sabía! Y ahora, caballeros, me gustaría contarles acerca de una curiosa coincidencia. La posición que encontré cuando estaba usted jugando con sir Reginald tiene un gran parecido a la siguiente posición que vi hace dos años en un club que visité en Calcuta. Y Holmes arregló el tablero como sigue:



Como pueden ver, caballeros, la única diferencia es que hay un peón en d6 en lugar de e5. Sin embargo esta pequeña diferencia es suficiente para que sea totalmente imposible decir ahora qué lado es blanco.

Todos observamos el tablero con gran curiosidad. Marston fue el primero en hablar. —En realidad no veo cómo este cambio es relevante, Holmes. La última jugada posible de las blancas es del peón g2 comiendo una pieza negra en h1 y coronándose alfil.

—No es así, Marston; ésa es *una* posible última jugada, pero no la única. Cuando vi esta posición, mi primer pensamiento fue el mismo, y estuve a punto de sorprender a los jugadores diciéndoles qué lado era blanco cuando de repente me di cuenta de que había otra posibilidad igualmente posible. Por fortuna, cuando uno de los jugadores estaba por quitar las piezas del tablero, le pregunté: —Señor, ¿hubo alguna coronación en esta partida? Sus manos se detuvieron cuando se dirigió a mí y me dijo: —No, ¿pero por qué lo pregunta? —Porque —repliqué en tono de triunfo— ¡eso significa que usted debe de haber estado jugando con las blancas! Los dos caballeros me miraron algo confundidos, aunque su confusión se convirtió en risa cuando les dije cómo lo supe.

Todos observamos la posición con mayor interés que antes. Marston habló nuevamente: No me doy cuenta, Holmes, ¿de verdad que no! Si la última jugada de las blancas no fue una corona-

ción, tiene que haber sido con uno de los peones en d4 o d6. Pero en cualquiera de los dos casos, ¡las negras no pudieron haber tenido ninguna última jugada!

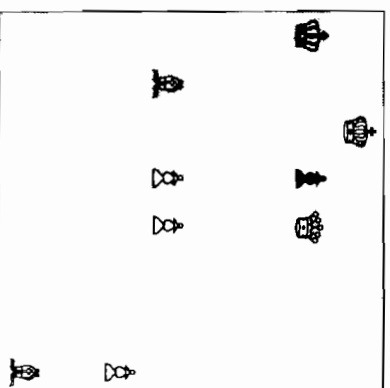
No es así, Marston, no es así —replicó Holmes—. La última jugada de las blancas fue, efectivamente, con uno de esos peones. Le daré una pista: fue con el peón en d6.

—Pero, —dijo Marston— el peón debe de haber movido desde d5 para dar jaque a las negras desde el alfil en h1. Así que, ¿cómo pudo haberse movido el rey negro antes de eso? La única casilla de la que pudo haber provenido es a7, ¡pero eso involucraría un jaque imaginario!

En este momento sir Reginald terció. —¡Brillante, señor Holmes, de veras brillante! ¡Ya lo veo! Las blancas movieron el peón no de d5 sino de e5, comiendo un peón negro en d5 al paso! Este peón negro, por supuesto, acababa de mover desde d7. La movida anterior de las blancas fue con el peón que estaba en ese momento en e5 desde e4, poniendo en jaque al negro. Y la jugada *anterior* de las negras fue con el rey desde a7, saliendo de jaque del alfil en c5, pero *no* estando en jaque de la dama, ya que el peón negro habría estado en e7.

Me temo que eso fue un poco difícil de seguir para mí dije. —¿Le molestaría repetirlo?

—Para nada —replicó sir Reginald—. La posición hace un par de jugadas era algo así:— Reordenó las piezas de la siguiente manera:



Luego hizo la siguiente secuencia de jugadas para traer el juego a su posición presente:

1 A-c5 jaque

2 Pe5 jaque

3 PxP al paso jaque

R-a8
P-d5

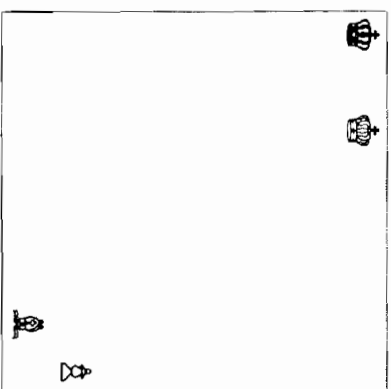
¡Y así fue como Holmes supo cuál lado era cuál!

UN PEQUEÑO EJERCICIO

Algunos días más tarde, tuve una noche memorable a solas con Holmes, durante la cual aprendí más sobre retranalisis que tal vez en ninguna otra ocasión. Estaba cada vez más intrigado con este tema, y comencé preguntando: Holmes, ¿todos los problemas retrospectivos involucran una posición final de jaque mate? ¡Oh, no! replicó. La mayoría no. Entonces pregunté: ¿Y la pregunta es siempre cuál lado es cuál?

Por supuesto que no replicó Holmes. Esta pregunta, en realidad, es muy poco común. Veamos, permítame mostrarle un pequeño ejercicio para ilustrar el tipo de situación más normal:

Negras-1



Blancas-3

A esto lo llamo 'ejercicio', Watson, ya que es demasiado simple para merecer el nombre 'problema'.

—Como puede ver, Watson, ninguno de los dos lados está en jaque mate, ni siquiera en jaque. Y se nos da la pauta de que su lado es blanco. Ahora bien, la pregunta es: Dado que las negras hicieron la última jugada, ¿cuál fue esa última jugada y cuál la de las blancas?

Pensé durante un momento, luego dije: —Holmes, lamentoso ser un alumno tan lento, ¡pero la situación nuevamente parece imposible! Evidentemente el negro acaba de salir de jaque desde a7, ¡pero no veo cómo la blanca pudo haber movido su alfil para dar jaque!

—No está mal, Watson, ¡no está nada mal! Veo que está empezando a pensar. ¿Pero por qué sigue con ese persistente hábito de olvidar que una jugada puede involucrar una pieza comida?

Entonces, por supuesto, lo vi. —Está bien, Holmes, está bien. La última jugada del negro fue con el rey desde a7 *comiendo* una pieza blanca en a8. Dicha pieza debe de haber movido antes de eso desde la diagonal de g1 a a7 para descubrir el jaque del alfil. ¿Cuál podría ser esa pieza? Pues evidentemente un caballo, que había movido de b6 a a8. Por lo tanto la última jugada del negro fue de a7 a a8, comiendo un caballo blanco.

—Correcto dijo Holmes.

De repente se me ocurrió otra cosa: —Holmes, —dije— ¿era realmente necesario en este problema el dato de qué lado era blanco?

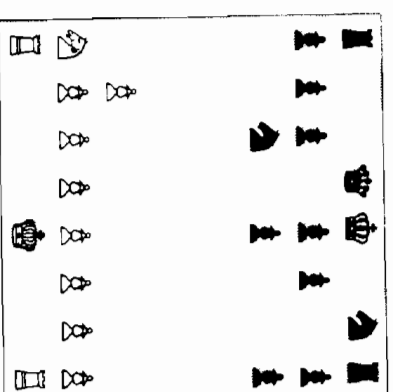
—Por supuesto —replicó Holmes—. Si no nos hubieran dado esa información, entonces habría habido una segunda solución: un peón blanco podría haber acabado de coronarse alfil.

Algunos minutos después pregunté: —Holmes, ¿todos los problemas retrospectivos se solucionan teniendo en cuenta en primer lugar cuál fue la última jugada?

—¡Oh, no! —contestó Holmes—. En muchos de estos problemas no hay manera de asegurar cuál fue la última jugada. Sin embargo, se puede determinar una jugada o secuencia de jugadas que haya tenido lugar *en algún momento* en el pasado de la partida, aunque cuando ocurrió con precisión no se puede asegurar ni es relevante para la solución del problema.

—¿Puede darme un ejemplo? —pregunté. Holmes pensó durante unos minutos, al cabo de los cuales arregló la siguiente posición:

Negras=14



Blancas=12

—La pregunta es: ¿en qué casilla fue comida la dama blanca? Observé la posición, y razoné de la siguiente manera:

Bien, Holmes, veo que las blancas no tienen su dama, ni am-bos alfiles, ni un caballo. Ahora bien, se pueden justificar dos piezas comidas con los peones negros en e6 y h6; el primero de ellos proviene de d7 y comió una pieza en e6, y el segundo viene de g7 y comió una pieza en h6. Pues bien, ninguno de los dos alfiles pudo haber salido del tablero al ser comido por estos peones, ya que el alfil que estaba en c1 estaba encerrado por los peones en b2 y d2 que aún no se han movido, y el que estaba en f1 estaba protegido por los peones en e2 y g2.

—Bien, Watson —terció Holmes— me alegro de que haya podido verlo usted mismo.

—Elemental, mi querido Holmes —no pude evitar bromear—. Sin embargo, creo que mi razonamiento no me lleva más adelante. Está bien, ahora vemos que las piezas blancas comidas en e6 y h6 son: la dama y uno de los caballos. Por lo tanto la dama blanca fue comida o en e6 o en h6, pero no me doy cuenta de por qué la dama no pudo haber sido comida en cualquiera de esas dos casillas y el caballo en la otra.

Bien —dijo Holmes— en ese caso tendré que proporcionar le algunas pistas en forma de preguntas. Uno de los puntos principales al resolver estos problemas es hacerse las preguntas correctas. Entonces, ¿qué pieza fue comida por el peón blanco en b3?

—Evidentemente un alfil negro —aseguré.

—¿Y cuál es la casilla original de ese alfil?

Tiene que ser e8, ya que el alfil de f8 se mueve sólo en casillas negras.

—Bien. Ahora viene la pregunta crucial: ¿Qué pieza fue comida primero, el alfil negro o la dama blanca?

—No veo manera de saberlo —repliqué.

—Entonces, hágase la pregunta de esta manera: ¿la dama blanca fue comida antes o después de la pieza comida en b3 por el peón blanco?

—Observé la posición otra vez, y empecé a ver claro.

—La dama blanca —dije— salió al tablero vía casilla a2, por lo tanto el peón en b3 comió su pieza *primero* para dejar afuera la dama. Y puesto que el peón comió un alfil, entonces el alfil fue comido antes que la reina.

—Exacto —dijo Holmes—. Y esto, ¿no nos resuelve el problema?

—No veo por qué.

Bien, creo que la próxima pregunta es la siguiente: ¿el alfil en e8 fue comido *antes* o *después* que la pieza en e6?

—El peón en e6 comió su pieza *antes* —contesté— para dejar salir al alfil.

—Correcto —dijo Holmes—. Ya tiene todas las piezas del rompecabezas. Watson; sólo le falta unirlos.

—¡Ah! —dije— ¡ya veo! La toma en e6 fue hecha antes de que el alfil negro saliera para ser comido en b3, lo cual a su vez sucedió *antes* de que la dama blanca saliera para ser comida. Por lo tanto, la dama blanca *no* fue la pieza comida en e6. En otras palabras, la secuencia fue la siguiente: primero el caballo fue comido en e6, luego salió el alfil negro y fue comido en b3, luego la dama blanca salió, y ésta debe de haber sido la pieza comida en h6. Así que la dama fue comida en h6.

—Muy bien, Watson —dijo Holmes, alentándome—. Creo que con un poco más de práctica, estará en condiciones de hacer análisis retrospectivo.

¿DE QUE COLOR?

En análisis retrospectivo —un día le pregunté a Holmes ¿el problema siempre consiste en resolver la dirección, la última jugada, o la casilla en la cual una pieza determinada fue comida?

—¡Oh, no, para nada! —contestó Holmes—. Las preguntas que surgen a veces son de naturaleza mucho más intrigante y exótica.

—¿Puede darme un ejemplo? —inquirí.

Holmes pensó durante unos minutos. —No uno lo suficientemente elemental para que usted comprenda en el nivel en que se encuentra . . . ¡Pero espere! ¡Se me acaba de ocurrir un problema ideal para usted! Con una curiosa mirada divertida, Holmes dispuso algunas piezas en el tablero. —¡Espere, Watson, la posición no está completa! —dijo Holmes mientras se dirigía a una repisa y traía una cajita que siempre me había llamado la atención—. Siempre tuve la idea, Watson, de que usted estaba a punto de preguntarme qué hay en esta caja, pero la buena educación se lo impidió. ¿Me equivoco?

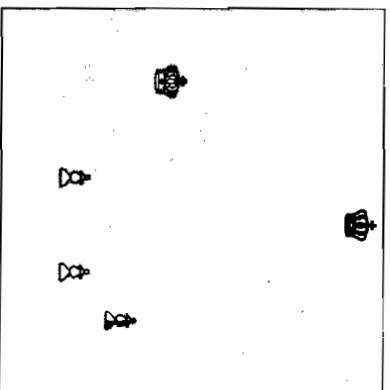
—Pues, es verdad, Holmes —confesé— muchas veces me pregunté cuál sería el contenido de esa caja.

—Ahora, Watson, ¡veamos!

Con el gesto de un niño travieso o de un mago, lenta y algo melodramáticamente quitó la tapa y sacó, ¡oh sorpresa! un peón. Dicho peón era de idéntica forma a cualquiera de los peones del juego de ajedrez de Holmes, con la única diferencia de que este peón estaba pintado la mitad de blanco y la mitad de negro.

—¿Dónde diablos consiguió eso? —pregunté, riéndome.

—Lo guardo, Watson, como recuerdo del problema que estoy por mostrarle. —Al decir esto, Holmes ubicó el misterioso peón en g3, y ésta era la posición.



Blancas-3 ó 4

—En esta partida —dijo Holmes— ninguna pieza o peón ha movido de una casilla blanca a una negra, ni de una casilla negra a una blanca. La pregunta es: ¿de qué color es el peón en g3?

—Eso es fácil —bromeó—. ¡El peón en g3 es blanco y negro! —No, en serio —se rió Holmes— ¿qué color de peón —blanco o negro — debe colocarse en g3 para que la posición sea compatible con las condiciones dadas?

Observé el tablero, pero no pude descubrir ninguna pista. De pronto se me ocurrió una idea: —Usted dice que ninguna pieza se ha movido de una casilla de un color a la de otro. Bajo estas circunstancias, ¿cómo pudieron haber movido los caballos?

—Buena acotación, Watson! Evidentemente, ¡nunca movieron!

—Entonces, ¿qué les pudo haber sucedido?

Obviamente fueron comidos en sus respectivas casillas.

Esto me pareció un poco extraño, por decirlo de alguna manera, pero pertenecía al campo de la posibilidad. —¿Es ése un indicio para hallar la solución? —pregunté.

—No, Watson, no para este problema, aunque sí lo es para otros problemas de este tipo.

—Entonces estoy a oscuras por completo; no veo ninguna pista.

—La pista —hizo notar Holmes— está en la posición del rey blanco.

—¡El rey blanco! —exclamé—. El rey blanco pudo haber venido de cualquiera de las cuatro casillas a3, a5, c5 ó e3.

Sí, sí —dijo Holmes— pero cómo pudo salir de su casilla original, eh?

Observé perplejo la posición. El rey no pudo haber salido vía las casillas negras d2 ó f2, ya que los peones allí ubicados aún no habían movido. Y, por supuesto, no pudo haber salido vía las casillas d1, e2 ó f1, ya que éstas son blancas. Así que, ¿cómo pudo salir? Entonces me di cuenta: —Blanco empecó —dije, triunfante.

—¡Excelente, Watson! ¿Empecó en el lado del rey o en el de la dama?

Pensé un momento y dije: —En el lado del rey.

—¿Por qué? —inquirió Holmes.

—Porque si hubiera empecado del lado de la dama, la torre de la dama habría tenido que mover de a1 —casilla negra a d1 —casilla blanca—.

—Cada vez mejor —replicó Holmes—. De esta manera, ¿no se resuelve el misterio de nuestro peoncito?

—No veo cómo, Holmes —repliqué, pero repentinamente me di cuenta.

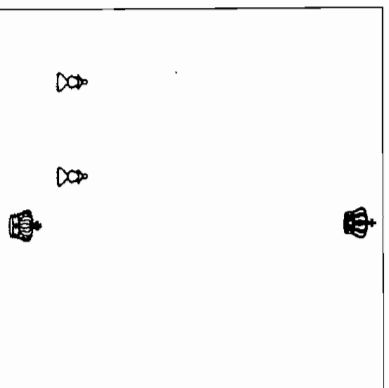
¡Por supuesto! La única forma en que el rey pudo haber movido de g1 hasta su posición actual es vía las casillas h2 y g3. Si el peón en g3 es blanco, tiene que haber venido de h2, ¡y de esa forma el rey nunca podría haber salido! Así que el misterioso peón debe ser negro.

—Ahora, Watson —dijo— ¡está empezando verdaderamente a comprender el análisis retrospectivo!

OTRO PROBLEMA MONOCROMATICO

—Estos problemas monocromáticos, Watson, o sea los problemas de la clase que acabamos de considerar, en los cuales se da como pauta que ninguna pieza movió de una casilla blanca a una negra, o viceversa, estos monocromáticos a veces conducen a las situaciones más extrañas que se pueda imaginar. He aquí uno, Watson, en el cual ¡hasta la pregunta es asombrosa!

Negras-1



Blancas-3

—En esta partida —prosiguió Holmes— ninguna pieza fue movida de una casilla blanca a una negra, y viceversa. Es más, el rey blanco hizo menos de catorce jugadas. Pruebe que ha habido una coronación.

Lo miré estupefacto. De verdad, Holmes, de verdad, ¡esto es demasiado!

A Holmes lo deleitaba mi consternación. —No, Watson, este problema de verdad tiene una solución.

—¡Deme *alguna* pista! —rogué.

—Ya le di una —replicó Holmes.

—¿Cuándo? —pregunté, confundido.

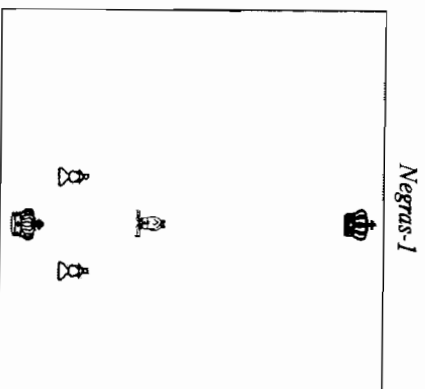
—En el *último* problema —contestó. —Recuerde nuestra conversación acerca de lo que les ocurrió a los caballos.

No les daré un relato detallado del diálogo que siguió, sino simplemente les diré la solución que me extrajo Holmes mediante sus preguntas socráticas.

Los cuatro caballos faltantes fueron comidos en sus casillas originales. Entonces, ¿qué piezas los comieron? No hay problemas para justificar los caballos blancos ni el caballo negro en g8. El único problema es el caballo negro en b8. ¿Qué pieza blanca pudo haberlo comido? No pudo haber sido la dama en d1, ya que se mueve sólo en casillas blancas. No pudo haber sido el alfil en c1, ya que los peones en b2 y d2 no movieron para dejarlo salir. Ciertamente no pudo ser el alfil en f1, porque ese alfil mueve en casillas blancas. Por lo tanto, si el caballo en b8 fue comido por una dama o un alfil, debe haber sido comido por una dama o alfil *promovido*. Si el caballo fue comido por un *peón*, ¡en ese caso debe haberse coronado! Ahora bien, el caballo no fue comido por el rey blanco, ya que le tomaría al rey por lo menos catorce jugadas llegar al caballo y volver. Y por supuesto no fue comido por un caballo, ya que los caballos no pueden mover. La única posibilidad por considerar es una torre. ¿Por qué no pudo el caballo negro haber sido comido por la torre en a1? Esta es la mejor parte del problema. La razón es que las torres —ya que cada una está confinada a un color— sólo pueden mover un número de casillas hacia adelante, hacia atrás o hacia los costados. En particular, las torres en a1 y h1 nunca pudieron haber estado en la segunda, cuarta, sexta u octava hileras. Por lo tanto, si el caballo negro fue comido por una torre, entonces esa torre era *promovida*. Lo cual agota todas las posibilidades, y vemos que cada una de ellas involucra la coronación de un peón blanco. Q.E.D.

UNA CUESTION DE SUPERVIVENCIA

El último problema que Holmes me mostró ese día fue otro monocromático. —Antes de abandonar estos monocromáticos, Watson —dijo— quiero que considere uno más. Es único en muchos aspectos. La solución no es para nada 'compleja'; de hecho, sólo oculta una idea simple. Pero no se llega a dicha idea mediante un complicado proceso de razonamiento; sólo puede comprenderse por intuición. Lleno de curiosidad, observé a Holmes arreglar la siguiente posición:



Había un alfil blanco ubicado entre las casillas e3 y e4. Creyendo que se trataba de un descuido, estaba a punto de moverlo, cuando Holmes me detuvo: — ¡No, no, Watson! ¡Ese es precisamente el problema! ¿En qué casilla, e3 ó e4, está el alfil, dado que esta partida es monocromática?

Miré hacia el tablero con impotencia, mientras Holmes seguía hablando, evidentemente disfrutando sus propias palabras. Lo hermoso de este problema —dijo con éxtasis— es que es tan encantadoramente abstracto. ¡De hecho, si esto puede ayudarlo de alguna manera, le diré que podría haber puesto un alfil negro en lugar de uno blanco. O podría haber usado un peón, una torre, o una dama en lugar de un alfil; ¡no habría habido ninguna diferencia! Además, —prosiguió, entusiasmándose cada vez más— en lugar de haber usado esas dos casillas en particular, podría haber usado dos adyacentes. En realidad ni siquiera es necesario que sean adyacentes: ¡sólo necesitan ser de diferentes colores! De hecho —agregó con sonrisa triunfante— hasta podría quitar el alfil del tablero y exponer el problema de la siguiente manera: En esta partida monocromática, existe otra pieza en algún lugar del tablero. Dicha pieza, ¿está en una casilla blanca o en una negra?

¡Lejos de ayudarme, esta información me confundió más que nunca!

Le dije algo, Watson continuó Holmes con un poco de malicia: ¡le daré una pista! Cuando yo era niño, una vez alguien me contó el cuento del león y el oso. Un león y un oso luchaban con ferocidad y se estaban devorando el uno al otro. Por fin, el uno se comió al otro, ¡y no quedó nada de ninguno de los dos!

¿Eso es una pista? —pregunté, atónito.

Holmes, quien tal vez no me oyó, prosiguió: Aunque era muy joven en esa época, tuve el suficiente sentido común para entender la ley de la conservación de la materia y darme cuenta de que la situación era completamente absurda.

¿Y a eso llama usted una pista? —repetí.

—Pues sí, Watson, si observa con cuidado. ¿No se da cuenta continuó Holmes, con inusual intensidad— de que si el alfil estuviera en el color equivocado, existiría exactamente la misma imposibilidad? Vea, suponga que el alfil estuviera en una casilla blanca. Entonces, ¿qué pieza en las casillas negras pudo haber comido la última pieza que estuvo en una casilla negra? Por supuesto ni el rey blanco ni los peones, ¡ya que nunca movieron! Piense en esto de la siguiente manera: un ejército de piezas negras en casillas negras contra un ejército de piezas blancas en casillas negras (devorándose unos a otros, por decirlo de alguna manera. ¡Tiene que haber por lo menos un sobreviviente! ¿Y cuál podría ser dicho sobre-

viviente? ¡Sólo el alfí! Por ello está en una casilla negra. Me quedé mudo de admiración. -- ¡En verdad, Holmes, éste es el problema más extraordinario que jamás me haya enseñado! ¿Quién inventó esta obra de arte?

Moriarty -- fue la respuesta absolutamente inesperada.

¡Por Dios, no! -- exclamé, atónito.

-- ¡Oh, sí, Watson! Y no es sorprendente, ya que este problema tiene la diabólica simplicidad que forma parte de la naturaleza de Moriarty.

Permanecimos sentados unos minutos en silencio.

Yo recordaba los últimos días dramáticos que culminaron en la lucha a muerte entre Holmes y Moriarty en el precipicio. Holmes, quien seguramente me leyó el pensamiento, dijo: -- Sí, Watson, de verdad parecía que el león y el oso se devorarían el uno al otro, y que no quedaría nada de ellos. . . . A pesar de eso, -- agregó con una extraña sonrisa -- el león parece haber sobrevivido.

EL MISTERIO DE LA PIEZA FALTANTE

Holmes -- dije cierto día -- ¿recuerda que la primera vez que me habló del análisis retrospectivo, usted dijo que estos problemas tienen una infinidad de variedades, desde los muy elementales hasta algunos de gran complejidad?

Sí, lo recuerdo bien -- replicó Holmes.

Pues bien, ¿qué le parece si me prueba con uno difícil?

Holmes me miró con expresión de agradable sorpresa. Watson, su entusiasmo es admirable, realmente admirable. Pero mi niño, ¿debe aprender a caminar antes de poder correr!

Pero estaba escrito. No tuve que esperar mucho para ver una sorprendente demostración de la habilidad de Holmes para analizar una situación sumamente complicada. Sucedió cuando menos lo esperaba y de manera espontánea. Fue así:

Dos días más tarde, me levanté algo tarde y me encontré con Holmes en el desayuno con una carta en la mano. Buenos días, Watson -- dijo al mismo tiempo que agitaba la carta --. ¿Le gustaría ir?

Examiné la carta. Se trataba de una invitación de sir Reginald a lo que él llamaba una "reunión informal", a realizarse en su finca en Surrey en un par de días. Se disculpaba por lo tardío de la invitación, pero hacía hincapié en la "informalidad" de la ocasión y terminaba diciendo: "Así que si usted y el doctor Watson quisieran pasar a visitarnos, estaríamos encantados de tenerlos entre nosotros".

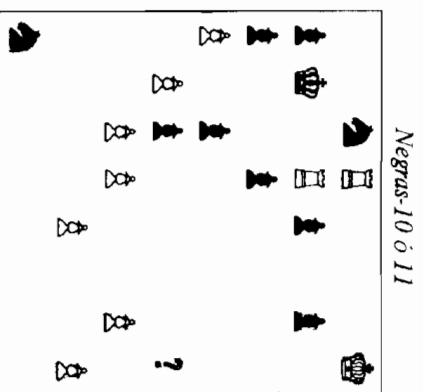
Fuimos. La reunión, cuando llegamos, resultó ser mucho más concurrida que lo anticipado, y esa noche vimos muy poco a sir Reginald. Pero tuvimos esta deliciosa aventura, en la cual Holmes hizo esa sorprendente demostración que nunca olvidaré.

Estaba en particular ansioso por ver la biblioteca de sir Reginald, ya que me habían contado que nuestro antihérón poseía una

inusual y renombrada colección de libros raros, y soy un bibliófilo. Cuando Holmes y yo entramos en esa habitación, sólo había otros dos ocupantes: dos caballeros de apariencia muy distinguida ubicados en un rincón alejado en la biblioteca, profundamente concentrados en una partida de ajedrez.

¿Molestamos? preguntó Holmes a medida que nos acercábamos al tablero.

Por supuesto que no —contestó uno de los caballeros con agrado, mientras levantaba la cabeza. Cuando llegamos al tablero —o mejor dicho, la mesa de ajedrez— la posición era la siguiente:



Blancas-10 ó 11

En h4 había una moneda en lugar de una pieza de ajedrez. ¿Puedo preguntar —dijo— por qué están usando una moneda en lugar de una pieza?

—Pues, los hijos de sir Reginald estuvieron jugando con las piezas esta tarde —respondió el mismo caballero— y el más pequeño, sin darse cuenta, se llevó una de las piezas y la perdió en algún lugar en esta enorme casa. Creo que los sirvientes han estado buscándola por horas, pero aún no ha aparecido.

—Sin duda —dijo Holmes—. ¿Y qué pieza era?

En ese momento, para mi sorpresa, el otro caballero —que evidentemente era el mayor— se puso de pie y dijo: —¿Usted es el señor Sherlock Holmes?

—Pues, sí —contestó mi amigo.

—Y él, supongo, es su amigo el doctor Watson.

—Sí —repuse.

—Es un placer conocerlos —dijo con genuino entusiasmo—.

Permítame presentarme: mi nombre es Arthur Palmerston y éste es mi hermano, Robert. ¡Los dos somos grandes admiradores suyos!

—¿Cómo supo que yo era Holmes? —inquirió mi amigo.

—No hay ningún misterio —dijo el señor Palmerston riéndose—. Bajo las circunstancias no se necesita ser Sherlock Holmes para reconocer a Sherlock Holmes.

—¿Bajo las circunstancias? —preguntó Holmes.

—Señor Holmes —continuó— ¿recuerda usted al artista Joseph Adler?

Holmes frunció el ceño, pensando durante un momento. —Sí —recordó—. Lo conocí cierta vez en un bar hace cerca de seis meses. El señor Adler es caricaturista, ¿no es cierto?

—Sí, claro! —exclamó Palmerston. Y excelente. Ayer durante el almuerzo, la conversación derivó hacia usted. Tomó un trozo de papel y en ese mismo momento hizo una caricatura de usted, ¡a quien yo nunca había visto! Algún día espero tener el placer de poder mostrársela, señor Holmes. A pesar de la exageración de los rasgos, ¡el parecido interior es en verdad fantástico! ¡Creo que lo habría reconocido en cualquier parte del mundo!

—¡Ah! —dijo Holmes—. Ahora, señor Palmerston, todavía no me ha dicho cuál es la pieza faltante.

A lo cual contestó en broma Robert Palmerston: —Si de verdad es usted Sherlock Holmes, ¡usted debería poder decirnos a nosotros cuál es la pieza faltante!

Holmes, sin ofenderse, respondió de buen humor: —No puede decirse que ésa sea una prueba justa, señor. Si esta posición es de tal naturaleza que por lógica se deduce qué pieza falta en esa casilla, entonces estoy seguro de que podría deducirla. Pero, como ustedes saben, las probabilidades son cien a uno de encontrar una posición a la que se llegó en una partida verdadera que sea propia para el análisis retrospectivo.

En ese caso —dijo el mayor de los Palmerston— tendré mucho gusto en apostarle cien chelines a uno a que no podrá decirnos cuál es la pieza que falta.

Holmes pensó por un momento. —De verdad, caballeros, esta apuesta es muy injusta —injusta para *ustedes*—. Yo podría simplemente *adivinar* cuál es la pieza, y dado que acertaría con una probabilidad de uno entre diez, y ustedes me ofrecen ventaja de cien a uno, entonces por supuesto ganaría la apuesta, pero no sería justo de mi parte aceptarla.

Palmerston se corrigió y dijo: —Lo que debería haber dicho, señor Holmes, es que le apostaré cien a uno que no podrá *saber* cuál es la pieza.

—¿Y cómo puede usted saber si yo *sé*? —inquirió Holmes.

—Quiero decir —continuó Palmerston— que le apuesto cien a uno que no podrá decimos correctamente cuál es la pieza, y *probarnos* que tiene que ser esa pieza y no otra.

Holmes lo consideró, luego respondió: —No es mi costumbre apostar, señor Palmerston, pero debo decir que este desafío me intriga. Muy bien, ¡acepto! Dígame cuánto tiempo me permite.

—¿Cuánto tiempo necesitaría? —inquirió Palmerston.

—¿Media hora sería razonable? —preguntó Holmes.

—Por supuesto —contestó Palmerston—. En realidad, mi hermano y yo nos estábamos poniendo duros de tanto estar sentados a la mesa de ajedrez, y creo que una caminata de media hora por el jardín nos haría mucho bien. Cuando regresemos, señor Holmes, le puedo asegurar que nos complacerá si gana la apuesta. —Hablando de esta manera, dejó la biblioteca, seguido por su hermano.

Cuando los dos Palmerston se fueron, Holmes comenzó de inmediato a estudiar la posición con el ojo escudriñador de un águila. El problema me pareció demasiado difícil, así que me retiré y comencé a curiosear entre los libros. Los excelentes informes que me habían dado no eran exagerados. Por ejemplo, había una primera edición del *Características* por el Honorable Anthony Cooper, conde de Shaftesbury, completado en 1710. Hacía mucho tiempo que este libro estaba agotado, y muy difícil de hallar en *cualquier* otra edición. Me ubiqué con comodidad, dispuesto a leer una media hora. Sin embargo, quince minutos más tarde, Holmes exclamó con voz de triunfo: —¡Lo tengo, Watson, lo tengo! ¡No puedo esperar a que los caballeros regresen!

Dio la casualidad que no regresaron quince, sino cinco minutos más tarde. —No se alarme, Holmes —dijo el mayor de los Pal-

merston — todavía le quedan diez minutos. ¿O es que nuestra presencia lo molestaría?

—Para nada, caballeros —contestó Holmes— en realidad ya resolví el problema.

—De verdad! —exclamó Palmerston con genuina sorpresa.

¡Es sorprendente! Robert y yo discutimos la situación afuera. Como se dará cuenta ahora, Holmes, los dos hicimos jugadas alocadas y excéntricas, aunque, por supuesto, perfectamente legales. Sin embargo, ¡ambos llegamos a la conclusión de que habíamos cubierto muy bien nuestras extrañas huellas, y de que usted nunca podría encontrarlas!

Sólo las más pequeñas —contestó Holmes—. Las huellas principales todavía están visibles. Y son todo lo que se necesita para resolver este misterio.

Ansiosos, los tres nos sentamos a la mesa de ajedrez. Holmes se quedó de pie, disertando; parecía un profesor dirigiéndose a tres estudiantes universitarios.

La primera pista comenzó Holmes —es obviamente que el rey negro está en jaque de la torre en d7. ¿Cómo hicieron las blancas para dar ese jaque? Esto me detuvo por un minuto, hasta que me di cuenta de que la última jugada del blanco debe haber sido un peón en e7 comiendo una pieza negra en d8 y coronándose torre blanca.

Sí —sonrió Robert Palmerston — ésa fue una de mis jugadas excéntricas.

Holmes continuó: —Pues bien, la siguiente pregunta que consideré fue ¿qué pieza blanca en d8 había comido el peón blanco? No podía ser una torre, ya que dicha torre estaría poniendo en jaque al rey blanco y no habría tenido casilla de donde venir para dar ese jaque. Tampoco podría una pieza blanca —suponiendo que la pieza desconocida fuera blanca— haber movido de cualquiera de las casillas e8, f8 ó g8 para descubrir este jaque. Por lo tanto, la pieza negra recién comida en d8 no fue una torre. De igual manera, no pudo haber sido una dama.

Un momento —interrumpí sin pensar—. ¿Por qué no podría haber sido una dama negra que vino en diagonal, por ejemplo desde b6?

Porque —dijo Holmes— antes de que la pieza fuera comida habría un peón en c7. Me sentí como un tonto, y decidí no

volver a interrumpir. —Por lo tanto —continuó Holmes— la pieza debe haber sido un caballo o un alfil.

—Un momento —dije, olvidando mi decisión—. ¿Cómo es posible que sea un caballo negro, si ya hay dos caballos negros en el tablero?

—Dígame, Watson —dijo Holmes algo irritado—. ¿por qué siempre descarta la posibilidad de una subcoronación? —Sinténdome más tonto que nunca, decidí por segunda vez limitarme a escuchar.

—Por supuesto podría haber sido un caballo —prosiguió Holmes—. Sólo que si lo fue, entonces éste o cualquiera de los otros dos caballos negros debe haber sido promovido. Por alguna oculta razón, Arthur Palmerston empalideció al oír esto. —Por otro lado —continuó Holmes— si fue un alfil, debe haber sido un alfil promovido.

En este punto nuevamente no pude contenerme: ¿Por qué? pregunté.

—Porque —contestó Holmes, esta vez con más cortesía— el alfil original en f8 cayó en su propia casilla, ya que ninguno de los peones en e7 y g7 ha movido para dejarlo salir.

—Claro repliqué.

—Pues bien —continuó Holmes— en este punto me di cuenta de que en algún momento en el transcurso de la partida, un peón blanco también se había subcoronado.

—¡Es sorprendente! —dijo Arthur Palmerston—. En efecto, subcoroné, y esa fue una de *más* jugadas excéntricas. Robert y yo predijimos que descubriría la subcoronación de Robert, ¡pero me sorprende que haya encontrado pistas que lo guiaran hasta la mía!

—Son elementales —dijo Holmes— de verdad elementales. La parte más interesante del análisis está por venir. Ahora bien, a esta altura estaba en condiciones de deducir que la pieza faltante era blanca.

—¿Cómo? —inquirió Robert Palmerston.

—No podía ser una torre o una dama negras, ya que en ese caso ambos reyes estarían ahora simultáneamente en jaque.

—Ya veo.

—No podía ser un peón negro, ya que sólo falta un peón negro, que ya sabemos se coronó alfil o caballo. Finalmente, no

pudo haber sido otro caballo negro, ni el alfil en f8 ni, por supuesto, otro alfil promovido, ya que esto involucraría una coronación extra, y sólo falta un peón negro. Por lo tanto la pieza desconocida debe ser blanca.

—¡Brillante! —aseguró Robert Palmerston.

—Ahora viene la parte difícil —dijo Holmes—. ¿Qué pieza blanca es? Evidentemente no puede ser un peón, ya que el único peón blanco que falta se coronó torre. En consecuencia, la desconocida es una dama, una torre, un alfil o un caballo, pero, ¿cuál? Al principio traté de eliminar posibilidades una por una, pero no tuve éxito. En este punto empecé a sospechar con tristeza que el problema no tuviera solución. ¡Pero repentinamente tuve una idea! Si resultaba —y resultó— ¡podría eliminar tres de las cuatro posibilidades de un solo golpe!

—Primero me pregunté cuál de los peones negros se había coronado. No tuve problema; el peón en a6 venía de b7, los peones de c5 y d6 deben haber venido desde c7 y d7, por lo tanto el peón en c4 debe haber venido desde f7. En consecuencia, el peón faltante viene de h7. Entonces me pregunté, ¿en qué casilla se coronó el peón faltante? Esto también fue bastante fácil; no pudo haber marchado derecho por la fila h, ya que el peón blanco en h2 aún no ha movido. Por lo tanto el peón negro comió por lo menos una pieza. No pudo haber comido más de una pieza ya que hay once piezas blancas en el tablero, incluso la desconocida en h4, de la que ahora sabemos es blanca. Por lo tanto faltan cinco piezas blancas. Una de ellas fue comida por el peón en a6; otras tres fueron comidas por el peón en c4, que a su vez vino de f7. Esto justifica cuatro de las cinco faltantes, por lo tanto el peón en h7 no pudo haber comido más de una. De esta manera, este peón comió *exactamente* una pieza, la cual se coronó en g1.

—Saben —interrumpió Arthur Palmerston— ¡realmente es algo extraño lo que se siente cuando nuestras jugadas pasadas han sido rastreadas con tanta precisión por la lógica más inflexible!

—Bien —dijo Holmes riéndose— el final ya está casi a la vista, y ahora viene la parte más delicada de todo el análisis. Por alguna razón me dejó intrigado la siguiente pregunta: sabemos que el peón en h7 comió una pieza blanca *en algún lugar* de la fila g, pero, ¿en qué casilla? A primera vista pareciera que fue en g2 *detrás* del peón blanco en g3. Pero, ¿es eso necesariamente cierto? ¿En realidad no

pudo el peón en g3 haber venido de f2, dejando la fila g libre para el avance del peón negro? Bien, supongamos que el peón en g3 realmente vino de f2, en ese caso comió una pieza. Eso significa que el peón en d8 ahora bajo la forma de una torre promovida—tiene que haber venido desde g2, habiendo comido cinco piezas: cuatro para ir desde g2 hasta e6, y una más para ir desde c7 hasta d8. Esta posibilidad entraña un total de seis piezas negras comidas. Ahora, hay exactamente seis piezas negras que faltan, ¡así que a primera vista lo que dije parecería posible!

—¿Y por qué no es posible? —pregunté.

¡Ah, Watson! —contestó Holmes casi con perversidad—. ¡no debemos olvidar que el alfil negro en f8 nunca salió al tablero, sino que fue comido en su propia casilla!

—Por supuesto —repliqué.

—Así que, caballeros, esta posibilidad ¡incluiría una pieza más que fue comida! De ahí que el peón en g3 *no* vino desde f2. Y el peón negro coronado sí comió una pieza en g2.

—¿Por qué habla con tanto lujo de detalles? —pregunté—. ¿Es en realidad relevante?

—¿Que si es relevante? —dijo Holmes, casi gritando—. ¡Relevante! ¡Esto resuelve todo el problema! —exclamó con aire de triunfo.

¿Cómo? —pregunté.

Porque g2 es una casilla *blanca*. Por tanto, el peón blanco coronado comió en una casilla blanca. Y el peón en a6 comió *su* pieza en una casilla blanca. Y el peón en c4 comió sus tres piezas en casillas blancas. Entonces todas las cinco piezas blancas faltantes fueron comidas en casillas blancas. Pero, la única pieza blanca que no puede ser comida en una casilla blanca es el alfil en c1. Si la pieza desconocida en h4 no es el alfil que acabo de mencionar, entonces este alfil tendría que ser una de las cinco piezas faltantes, comida en una casilla blanca: lo cual es imposible. Por tanto, caballeros, vuestra misteriosa pieza es un alfil blanco.

Los tres permanecimos sentados, enmudecidos. Había sido una de las deducciones lógicas más sorprendentes que yo hubiera visto. Si para mí todo esto fue sorprendente, puedo imaginarme el efecto pavoroso que debe de haber tenido en los jugadores que en todo momento *sabían* que se trataba de un alfil. Y en ese mo-

nento, como por capricho del destino, el mayordomo solemnemente entró en la habitación sosteniendo el alfil blanco en la mano y, depositándolo sobre la mesa, anunció: La pieza faltante ha sido hallada, caballeros.

¡NO PUEDE HACER ESO!

Un mes más tarde recibimos otra invitación de sir Reginald. Aceptamos gustosos. La reunión fue mucho más pequeña que en la ocasión anterior.

Sir Reginald nos llevó a la biblioteca. Para nuestra alegría, estaban los hermanos Palmerston, nuevamente jugando una partida de ajedrez. Justo cuando entramos, vi que Arthur Palmerston completaba una jugada con un alfil blanco. Luego nos vieron y se apresuraron a saludarnos. Después de las usuales formalidades, nos sentamos, dispuestos a disfrutar de una agradable velada.

—Lamento haberme perdido la fantástica demostración del mes pasado —dijo sir Reginald. Pero por supuesto, Arthur y Robert me lo han explicado hasta el último detalle. ¡Fue realmente brillante, Holmes!

—En realidad —dijo Holmes con una expresión muy seria— ¡fui muy tonto! Cuando llegué a casa, me di cuenta de repente de que podría haber resuelto el misterio con mayor eficiencia. Si, de haber utilizado un método empírico en lugar de uno puramente lógico, ¡podría haber resuelto el problema en la mitad del tiempo estipulado!

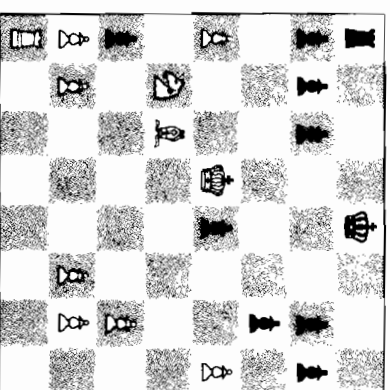
—¿Cómo? —preguntaron los dos hermanos casi a la vez.

—Pues —contestó Holmes, con su acostumbrada picardía abriendo la caja que contiene las piezas de ajedrez, que ustedes, caballeros, dejaron tan confiadamente cuando salieron al jardín.

Esto produjo una carcajada general. Luego la conversación se centró en discutir si Holmes, de haber utilizado un método tan desleal, técnicamente habría ganado la apuesta. Sir Reginald sostenía que no, ya que los términos de la apuesta especificaban que Holmes tenía no sólo que *nómbiar* la pieza en forma correcta, sino también *probar* que era esa pieza y no otra. Arthur Palmerston sostenía que Holmes habría ganado.

—Todo depende de cómo se defina la palabra 'prueba' —dijo—. Después de todo, las pruebas son de dos clases: deductivas e inductivas. La palabra 'deductiva' no se mencionó al hacer la apuesta. Si Holmes hubiera abierto la caja en nuestras propias narices —continuó Arthur Palmerston— y nos hubiera mostrado las treinta y una piezas en la caja y en el tablero, se habría establecido la identidad de la pieza faltante sin lugar a dudas. Seguramente, cualquier filósofo presente lo habría considerado una 'prueba'. ¡He ahí un divertido acertijo! La conversación se concentró en la semántica y la filosofía de la evidencia inductiva. Holmes, mientras tanto, había estado observando con creciente interés la partida suspendida de los Palmerston. En determinado momento extrajo una libreta del bolsillo, arrancó una hoja, escribió algo de un lado, la dobló con la parte escrita hacia adentro, luego escribió algo en una de las mitades, volvió a doblar la hoja con la nueva parte escrita hacia adentro, y colocó la nota doblada a un lado del tablero; no sobre las casillas, sino en el margen. La posición era la siguiente:

Negras-10



Blancas-11

—Me gustaría —dijo Holmes— ver terminar esta partida. Es de algunos rasgos interesantes.

—Por supuesto —agregó sir Reginald— ¿Por qué no lo continúan? Me encantaría observar.

Los dos hermanos volvieron a sus asientos originales frente al tablero. Ocurrió como un minuto antes de que ninguno de los dos moviera. En ese momento Robert Palmerston puso la mano izquierda en el rey y la derecha en la torre y estaba a punto de enrocar. Arthur levantó la cabeza y estaba a punto de decir algo cuando Holmes saltó de su silla como un tigre y dijo: — ¡No, no, señor Palmerston! Antes de mover, por favor desdoble una vez este papel y lea en voz alta lo que escribí.

Robert tomó el papel y leyó: — ¡No puede enrocar! ¡Realmente no puede!”

Creo que nunca en mi vida vi a hombre más sorprendido. ¡Por Dios, Holmes, esto es demasiado! ¡Es un doble misterio! Bien — dijo Holmes, riéndose — si desdobra por completo el papel y lee el resto, uno de los misterios se resolverá.

Robert Palmerston desdobló el papel por segunda vez y leyó: — “Mientras estaba estudiando esta posición, por demás intrigante, Robert Palmerston ha estado estudiándome a mí. Creo que ya sabe que estoy sobre el rastro. Anticipo que cuando vuelva a la partida, fingirá enrocar, ¡solo para probarme!”

¡Excelente bromal — dijo sir Reginald, riéndose estrepitosamente. ¡Realmente excelente! Y ahora agregó algo más serio ¿podría explicarnos el otro misterio? ¿Cómo supo que él no puede enrocar? ¿Utilizó métodos deductivos o inductivos?

— Puramente deductivos — dijo Holmes riéndose. — Excepto por el hecho de que vi la última jugada del blanco en el momento de entrar en la biblioteca. ¿Se dio cuenta usted de eso, señor Palmerston?

— Pues, sí, claro — respondió el más joven de los Palmerston. — Si usted no hubiera visto la última jugada del blanco, entonces no podría haber sabido que no puede enrocar.

— Correcto — aseguró Holmes. — Sólo que ¿cómo supo usted eso? — inquirió Holmes al dirigirse a Robert Palmerston.

— Verá, Holmes — fue la respuesta — también yo, en este último mes, aprendí algo de análisis retrospectivo.

¡Espléndido! — exclamó Holmes. — ¡Realmente espléndido! En ese caso, supongo que ya dedujo mi análisis.

— Así lo creo — dijo Robert — pero me gustaría escucharlo de sus propios labios para ver si concuerda con el mío.

Espléndido — repitió Holmes. — Ahora, en primer lugar vemos que los peones blancos han comido las seis piezas negras faltantes: el peón en a5 comió dos, aquél en g3 comió una y aquél en h5, tres. Ahora bien, la última jugada del blanco *no* fue con un peón (ya que fue con un alfil), de ahí que dicha jugada *no* incluyó una pieza comida. Por lo tanto, justo antes de la última jugada del blanco, no había otras piezas negras en el tablero.

— Está claro — dijo.

— Entonces — continuó Holmes — ¿cuál fue la última jugada de las negras? Si fue con el rey o la torre, entonces, por supuesto, las negras no pueden enrocar. Si ni el rey ni la torre movieron último, entonces la última jugada fue hecha por uno de los peones en a3, e5 ó g6. Ahora bien, e5 no movió último.

— ¿Por qué no? — preguntó sir Reginald.

— Por lo siguiente: el peón negro en a3 comió por lo menos tres piezas, si vino desde d7; comió cuatro piezas, si vino desde e7. El peón en g6 comió una pieza. Esto justifica por los menos cuatro de las cinco piezas blancas faltantes. De ahí que el peón en e5 no comió dos piezas.

— Hasta aquí estoy de acuerdo — dijo sir Reginald.

— Pues bien, eso significa que e5 no vino desde f6, ya que en ese caso tendría que haber pasado por e7, comiendo dos piezas.

— Correcto — dijo.

— Por otra parte, no pudo haber venido desde d6, ya que en ese caso hay dos posibilidades: o provino de e7 — comiendo, otra vez, dos piezas — o vino desde d7, en cuyo caso a3 debe haber venido desde e7 y no desde d7, y todo esto involucraría seis piezas comidas, incluso g6, lo cual sería demasiado.

— Bien — dijo Robert Palmerston.

— Por lo tanto — continuó Holmes — si e5 movió último, tiene que haber venido desde e6 ó e7. No pudo haber sido desde e6 ya que estaría poniendo en jaque al rey blanco. Y no pudo haber venido desde e7 ya que en ese caso el alfil negro en f8 no podría haber salido al tablero para ser comido por un peón blanco.

— ¡Genial! — exclamó sir Reginald.

Ahora bien — continuó Holmes — sabemos que e5 no movió último. En consecuencia — suponiendo todavía que ni el rey ni la torre negros movieron último — la última jugada fue realizada con uno de los peones en g6 ó a3. Y ahora voy a probarles que en *cual-*

quiera de los dos casos, el rey negro movió en algún momento previo en la partida, en cada caso por diferentes razones. Bien, supongamos que g6 movió último desde f7. Entonces el rey negro debe haber movido antes para dejar salir a la torre negra del rey para ser comida por un peón blanco.

—Muy inteligente—observé.

Esa fue la parte más fácil. Watson. Ahora bien, supongamos que a3 hizo la última jugada. Tiene que haber venido desde a4. ¡Ahora viene la parte interesante! Puesto que a3 había estado en a4, tiene que haber venido finalmente desde d7, comiendo tres piezas en e6, b5 y a4. *todas casillas blancas*. Y el peón en g6 comió en una casilla blanca. Por lo tanto, cuatro de las cinco piezas blancas faltantes fueron comidas en casillas blancas. Ahora, el alfil de la dama blanca, que originalmente estaba en c1 pasó a una casilla negra, así que no fue comido por el peón en a3 ni aquél en g6. Entonces entre las cuatro piezas comidas por esos dos peones se encuentra el peón blanco que originalmente se encontraba en d2. ¡Pero aquí surge un problema! Para que dicho peón fuera comido por el peón en a3 o aquél en g6, tuvo que haber abandonado la fila d, pero, ¿cómo, si las seis piezas negras faltantes fueron comidas por a5, g3 y h5? La única posibilidad es que el peón en d2 se haya coronado. Entonces, si el peón en a3 movió último, el peón en d2 se coronó. Debe haber venido por la fila d, y al llegar a d7, el rey negro tuvo que mover para evitar el jaque, a menos, por supuesto, que ya se hubiera alejado. Una vez más, el negro no puede enrocar.

En resumidas cuentas, caballeros, o el rey negro o la torre negra movieron último. Y en este caso el negro no puede enrocar. o g3 movió último, en cuyo caso el rey negro movió antes para dejar salir a la otra torre negra, o a3 movió último, en cuyo caso el rey negro movió antes debido al peón coronado en d2. Cuál de las tres posibilidades es la real no se puede analizar: sólo los jugadores lo saben. Pero lo cierto es que en ninguno de estos casos el negro puede enrocar.

DOS BAGATELIAS

Frente a esta maravillosa demostración, Robert Palmerston no pudo menos que aplaudir, a lo cual nos unimos Arthur Palmerston y yo. Holmes, mientras tanto, sonreía e inclinaba la cabeza como un escolar travieso.

Holmes fue el primero en hablar: --Saben dijo-- esta fue una de las posiciones de 'no enroque' más interesantes que haya visto. La mayoría de los problemas retrospectivos son de esta clase. De hecho, mi primer problema retrospectivo fue un 'no enroque'.

¿Lo recuerda? --inquirió sir Reginald con interés.

Por supuesto --respondió Holmes-- pero creo que es demasiado simple para que les interese, una simple bagatela.

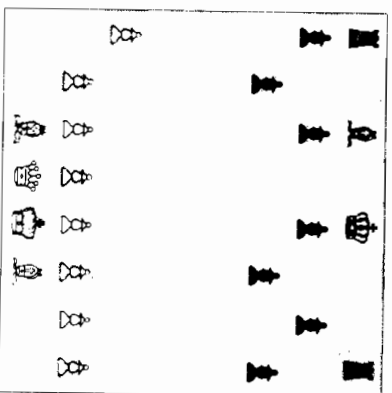
--¿Por qué no nos la muestra, de todos modos? Sería divertido saber cómo se inició en estos problemas y comparar su habilidad principiante con la nuestra.

Muy bien. No quisiera desordenar esta partida. Sir Reginald, ¿por casualidad no tiene otro juego de ajedrez?

¡Sí, claro --contestó sir Reginald, dirigiéndose a un armario cerrado con llave--. Desde el incidente del mes pasado, cuando los niños perdieron el alfil, no quisimos causar inconvenientes a nuestros huéspedes una vez más.

Al decir esto, sir Reginald extrajo un segundo juego y un tablero portátil, que apoyó en una mesa cercana. Holmes acomodó la siguiente posición:

Negras-11



Blancas-12

Es el turno de las negras. dijo Holmes—. ¿Pueden enrocar? Debido a que Holmes había considerado este problema "simple", pensé que tal vez podría resolverlo, y puse todo mi empeño en lograrlo. Y, no puedo evitar enorgullecarme al decirlo, fui el primero en lograrlo. Cometí un par de errores en la exposición, pero dichos errores se debieron a omisiones más que a un razonamiento equivocado, y por lo tanto no fueron serios. He aquí mi análisis (salvando los errores):

La última jugada del blanco fue claramente con el peón. La última jugada del negro debe haber sido para comer la pieza blanca que movió antes que él. Dicha pieza tiene que haber sido un caballo, ya que las torres no pudieron haber salido al tablero. Evidentemente ninguno de los peones negros comió el caballo, y la torre de la dama negra no pudo haber comido el caballo, porque no hay ninguna casilla de la que el caballo pudo haber movido para llegar a esa posición. De igual manera el alfil no lo pudo haber comido, ya que la única casilla de la que el caballo pudo haber venido es d6, donde habría puesto en jaque al rey. Por lo tanto, o el rey o la torre del rey comió la pieza. Entonces, el negro no puede enrocar.

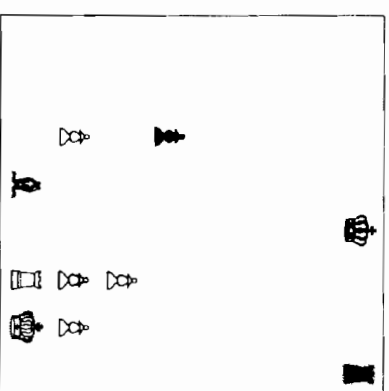
Mis compañeros se deleitaron con mi solución. Holmes estaba lleno de orgullo de su lento pero ansioso alumno. ¿Ven dijo Holmes - los progresos que se logran con aplicación?

Aústreños otro rogó sir Reginald.

Sí agregó Arthur Palmerston otro que sea simple. Tal vez no tan simple como el último, pero no tan complicado como el análisis de la partida que estuve jugando con Robert.

Holmes se detuvo a pensar por un momento. Tengo una idea finalmente que creo que llena los requisitos. Es simple, pero un poco refinado. A continuación dispuso el tablero como sigue:

Negras 7



Blancas-6

En esta posición, ni las blancas ni las negras comieron ninguna pieza en la última jugada. Ahora es el turno de las negras. ¿Pueden éstas enrocar?

Robert Palmerston fue el primero en terminar el problema. Expuso esta prolija solución:

La última jugada de las blancas no fue con el peón en f3. Ya que eso involucraría la toma de una pieza. No fue con la torre en e1, ya que de ese modo habría puesto en jaque al rey. Supongamos que el rey blanco movió último. No comió ninguna pieza. Ya que la torre negra que lo puso en jaque debió haber movido para ponerlo en jaque, por lo tanto el negro no puede enrocar. Así si la última jugada de las blancas fue con el rey, entonces el negro no puede enrocar. Por supuesto, existe la posibilidad de que la última jugada del blanco haya sido un enroque. Bien, suponga-

LA BROMA DE SIR REGINALD

—En lo que respecta a la poesía —dijo Humpty Dumpty, extendiendo una de sus grandes manos— sé recitar poesía tan bien como cualquiera, si debemos hablar de ese tema.

—Oh, no necesitamos hablar de ese tema! —se apresuró a decir Alicia, con la esperanza de que no comenzara.

—La pieza que voy a recitar —prosiguió haciendo caso omiso de su comentario— fue escrita exclusivamente para su entretenimiento. Alicia pensó que en ese caso tenía la obligación de escucharlo; entonces se sentó y dijo: —Gracias— con un poco de tristeza.

LEWIS CARROLL

Estábamos todos satisfechos con la solución de Robert. Y ahora dijo sir Reginald con una expresión traviesa: tengo un problemita para usted, señor Holmes: he estado esperando toda la noche para mostrárselo.

Holmes estaba visiblemente cansado, y no respondió con mucho entusiasmo.

La pieza que estoy por presentar —continuó sir Reginald, con mayor vivacidad— fue compuesta exclusivamente en su honor.

Holmes (como me contó más tarde) pensó que bajo dichas circunstancias *tenía la obligación* de verlo. —Gracias —dijo con un poco de tristeza.

Sí, sí, Holmes —continuó sir Reginald, cada vez con más entusiasmo y malicia— este problema es, en verdad, *su* tipo de problema. De hecho —continuó con orgullo— lo compuse yo mismo.

¿Reahmente? preguntó Holmes.

¡Oh, sí, por supuesto! contestó sir Reginald, frotándose los ojos alegrementemente. Fue inspirado por su brillante solución del

mos que éste fuera el caso. Entonces, ¿cuál fue la última jugada de las negras? Si fue con el rey o la torre, entonces las negras no pueden entocar. No pudo haber sido con el alfil pues entonces las blancas no habrían podido mover antes de eso. Supongamos que haya sido con el peón negro. Entonces la jugada anterior de las blancas debe haber sido con el peón en e2, comiendo una pieza en f3. Lo cual significa que el alfil en d1 ¡tiene que ser un alfil *promovido*! Entonces el peón que va a coronarse debe haber venido desde d7, haber pasado por d2, puesto en jaque al rey blanco y haberlo hecho mover. Esto se contradice con el hecho de que las blancas acaban de entocar.

En resúmenes cuentas: si la última jugada de las blancas fue con el rey, entonces la torre negra movió para ponerlo en jaque, y en este caso el negro no puede entocar. Si la última jugada de las blancas fue un entoque, entonces la última jugada de las negras fue con el rey o la torre, y el negro no puede entocar.

NOS DEVUELVEN LA VISITA

Una semana más tarde sir Reginald, acompañado por los hermanos Palmerston, nos devolvieron la visita. Dicha visita no fue inesperada; Holmes ya había dispuesto una posición en el tablero de ajedrez antes de que ellos llegaran. Estábamos esperándolos, sentados al calor del fuego, y Holmes tenía una sonrisa de oreja a oreja. ¿Por qué se sonrió como el proverbial gato de Cheshire? inquirí.

—Oh, Watson —contestó Holmes, riéndose— tengo una bromita de revancha para sir Reginald, ¡y no veo el momento de presentar su reacción!

De hecho, no tuvimos que esperar mucho tiempo; casi en ese mismo momento la señora Hudson hizo entrar a nuestros tres invitados.

—Vaya, vaya, Holmes, ¿qué es lo que veo? —inquirió sir Reginald, acercándose al tablero que Holmes había dispuesto.

—Sir Reginald, ¡éste es un problemita compuesto exclusivamente en *su* honor! El blanco debe mover y hacer jaque mate en una sola jugada.

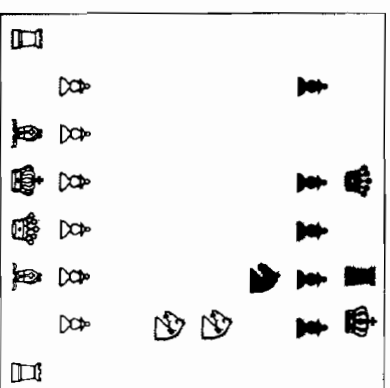
—Muy interesante —dijo sir Reginald antes de disponerse a estudiar la posición—. ¡No tenía idea de que un problema que se resuelve en una sola jugada pudiera ser un desafío!

Sir Reginald puso toda su atención en el problema. Momentos después sacudió la cabeza y dijo: —Me temo que me ha vencido, Holmes, ¡en verdad no puedo resolverlo! La única forma en que el blanco puede siquiera *jaquear* al negro es con el caballo en g4 que, o mueve a h6 o come el caballo en f6. ¡Pero en ninguno de los dos casos hay jaque mate!

—¿Está seguro? —preguntó Holmes.

—¡Por supuesto! —contestó sir Reginald—. En el primer ca-

so, el negro puede mover a h8; en el segundo, el negro puede comer el caballo blanco con un peón.



No, no puede —dijo Holmes riéndose— ¡porque las negras corren en dirección opuesta! Si su lado fuera realmente blanco —como parece a simple vista— ¡entonces cómo pudieron cambiar de lugar el rey blanco y su dama? ¹

—*Touché!* —dijo sir Reginald con una risa—. ¡Realmente me engañó con éste!... Pero ahora, señor Holmes —prosiguió— ¡espero que me dé la oportunidad de recuperar mi honor! Este problemita me da una idea que, según creo, lo dejará atónito a *usted*.

Perfecto —dijo Holmes, quien evidentemente estaba de humor para un desafío.

—Sólo le pido un favor —continuó sir Reginald—. La idea se me acaba de ocurrir, y no he tenido tiempo de ultimar detalles. Tendré que hacerlo en forma experimental en el tablero, pero me temo que si me observan mientras lo hago, tendrían una buena pista.

—En ese caso —contestó Holmes— sugiero que los caballeros y yo nos retiremos al otro extremo de la habitación, y de esa manera sólo usted podrá ver el tablero.

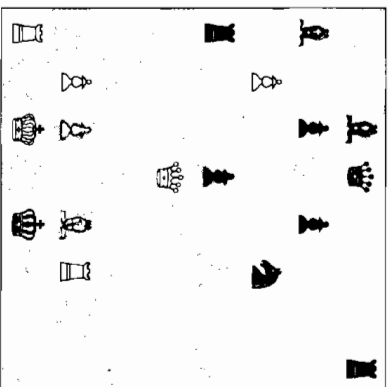
¹ La idea para este problema proviene de un acertijo similar por Sam Loyd en *El acertijo americano*.

Excelente - dijo sir Reginald - ¡pero no espíen!

No espíen! - prometió Holmes con una risa, a medida que nos alejábamos.

Nos sentamos y charlamos tranquilamente y Holmes, respetuoso de su palabra, en ningún momento miró hacia donde estaba sir Reginald. Yo, sin embargo, no había hecho ninguna promesa, así que de tanto en tanto echaba una mirada. Pero me temo que no logre ninguna pista; ¡tal vez espíe en momentos equivocados!

Diez minutos más tarde, sir Reginald nos llamó? Ya lo tengo, señor Holmes. Por favor, tomen asiento. El problema es, nuevamente, que el blanco debe dar jaque mate en una jugada.



Holmes estudió la posición. Después de un rato dijo: - ¡Creo que me venció esta vez, sir Reginald! ¡Realmente no veo la trampa! Si no me hubiera mostrado este problema inmediatamente después del último, habría pensado que era una cuestión de dirección. Pero incluso si se tratara de la dirección, ¿en qué ayudaría? Dejando de lado la dirección, ¿no hay jaque mate en una jugada?

¡Equivocado! - dijo sir Reginald con tono de triunfo.

-¿Equivocado? - preguntó Holmes-. En ese caso, ¿podría decirme cuál es el jaque mate si mi lado es blanco, y cuál es si su lado es blanco?

-Sucede que ninguno de los dos lados es blanco - dijo sir Reginald riéndose - como lo indica la orientación del tablero con respecto a nosotros: la casilla inferior derecha es negra, y no blan-

ca como debiera ser. Si coloca el tablero en la forma correcta, verá que si hay jaque mate en cualquiera de las dos direcciones. Con el blanco a la derecha, el peón en lo que es ahora b6 puede comer la torre en a5 y coronarse alfil o dama, y de esta manera da jaque mate al rey negro. Con el blanco a la izquierda, el peón en lo que es ahora c2 sólo tiene que mover a d2 para producir el mismo efecto.

¡Bribón! - dijo Holmes, verdaderamente divertido. Esa es la verdadera razón por la cual quería quedarse a solas con el tablero: ¡para girarlo noventa grados!

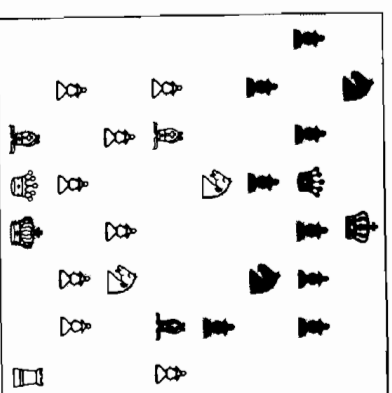
Precisamente - contestó sir Reginald.

Pues, sir Reginald, en cuanto se refiere a bromas ajedrecísticas, reconozco que es usted el maestro indiscutido.

Pasamos el resto de la noche estudiando dos difíciles problemas retrospectivos, de los cuales aprendí muchísimo, y así también podrá hacerlo el lector si estudia estos análisis con cuidado. Los dos problemas fueron expuestos por Holmes.

-He aquí - dijo Holmes - una posición en la que puede probarse que el blanco no puede entrocicar. La prueba es bastante simple, ¡pero creo que la razón por la cual no puede hacerlo los sorprenderá!

Negras-13



Blancas-15

La razón en verdad nos sorprendió. Al blanco sólo le falta una torre; al negro le faltan dos torres y un alfil, el cual fue comido en su casilla original, f8. Por lo tanto el peón en b4 comió una torre negra y el peón en g5 comió una torre blanca. El negro debe de haber comido primero, ya que antes de la toma ninguna de las torres negras pudo haber salido al tablero para ser comida por el peón blanco. ¿Cómo, entonces, pudo la torre blanca que falta salir al tablero para ser comida por el peón negro antes de la toma del peón blanco en b4? La única respuesta posible es que la torre en h1 es, en realidad, la torre de la dama. La secuencia fue la siguiente: en primer lugar la torre del rey salió y fue comida por el peón negro, dejando que una torre negra fuera comida por el peón blanco. Luego la torre en a1 fue hasta h1. ¡Por lo tanto la torre en h1 es, en realidad, de a1! Y el blanco no puede enrocar.

Interesante problema -dijo Arthur Palmerston. ¿Qué habría pasado si no hubiera estado el alfil en e1, este hecho, habría afectado la respuesta?

Vamos -contestó Holmes.- ¡Es una buena pregunta, Palmerston! No habría hecho ninguna diferencia en lo que respecta al resultado final, pero la prueba sería un poco diferente. En este caso, la torre en h1 podría ser la torre del rey, y si lo fuera, la torre de la dama habría tenido que salir vía casilla de la torre del rey, así que el rey (y la torre del rey) tienen que haber movido antes para dejar salir la torre de la dama.

La siguiente posición -continuó Holmes- ilustra una razón aún más extraña por la cual el enroque es a veces imposible.

Se da como pista que ninguna de las dos damas nunca movió de su color original dijo Holmes-. El problema se divide en tres partes:

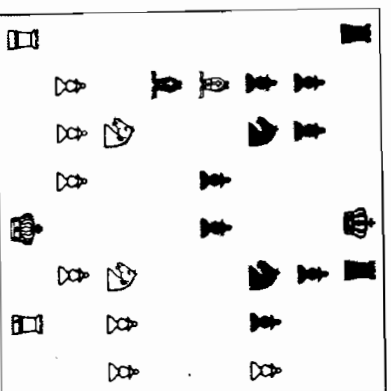
a - ¿Qué lado, si lo hay, puede enrocar?

b - Si desaparece la torre en g1, ¿atacaría este hecho la respuesta?

c - Si la torre se coloca en h1, ¿entonces cuál sería la respuesta?

He aquí el análisis de Holmes, después de que todos nos dimos por vencidos:

Nebras-13



Blancas-13

En (a), la pieza comida en b6 no fue la dama blanca (que nunca movió de su color original) ni el alfil en c1 (que nunca salió) ni el peón en a2, porque si bien las tres piezas negras faltantes debían de haber sido comidas por el peón en h6, no comió (el peón en a2) ninguna pieza como para llegar a la fila b. Por lo tanto, el peón en a2 se coronó. No comió ninguna pieza, de ahí que se coronó en a8. Y de ahí que la torre en a8 movió, y el negro no puede enrocar.

Ahora bien, la toma en b6 ocurrió claramente *antes* de la coronación (de otro modo el peón negro no podría haber salido). Entonces no fue la pieza promovida la que fue comida en b6. Lo cual significa que la pieza blanca coronada está ahora en el tablero (porque la dama, comida en su color original, el alfil, comido en e1, y alguna otra pieza *original* comida en b6 justifican las tres piezas blancas faltantes). ¿Cuál es la pieza coronada? No es el alfil en b5, porque nunca podría haber salido de a8 debido al peón en b7. De igual manera no puede ser un caballo, porque los peones en b6 y e7 (el primero, recordemos, estaba allí *antes* de la coronación) no lo habrían permitido. Por lo tanto la pieza coronada es una torre. Si es la que se encuentra en g1, entonces el rey tiene que haber movido para permitirle entrar (los peones en g3 y h3 no pudieran haber comido cruzado, porque todas las piezas negras faltantes

fueron comidas por el peón en h6). Por otro lado, si la torre coronada es aquella en a1, entonces, nuevamente, el blanco no puede enrocar. De ahí que tampoco el blanco puede enrocar.

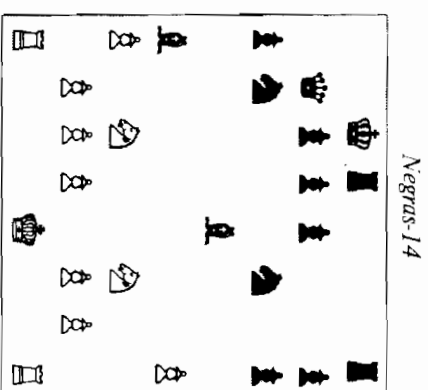
En (b), si la torre en g1 desaparece, entonces no hay ninguna evidencia de que el negro no puede enrocar; se podría evitar la coronación si la torre del rey blanco hubiera sido comida en b6, pero eso significa que el rey se movió para dejarla salir. (De igual modo, la torre de la dama podría haber sido comida, y la torre en a1 podría ser en realidad la torre del rey.) Por lo tanto, el negro tal vez podría enrocar, pero el blanco, definitivamente, no.

En (c), el negro no puede enrocar por las mismas razones que en (a), pero es posible que la torre promovida sea la que se encuentra en a1, y en este caso el blanco puede enrocar del lado del rey.

En resúmenes cuentas: (a) Ningún lado puede enrocar. (b) El blanco no puede enrocar; el negro podría. (c) El negro no puede enrocar; el blanco podría, pero sólo del lado del rey.

EL PROBLEMA DE MYCROFT

Al "no enroque" favorito, me dijo Holmes una noche es el siguiente, que compuso mi hermano Mycroft. Dispuso el tablero de la siguiente manera:



Negros-14

Blancas-12

En este problema, el blanco dio ventaja de una reina al negro, y los dos alfiles blancos son originales. El blanco puede enrocar. La pregunta es, ¿puede enrocar de cualquier lado?

Comencé a estudiar la posición, mientras Holmes continuaba. Lo interesante de este problema es que no hay manera de saber de *qué* lado el blanco puede enrocar; sólo puede demostrarse que no puede enrocar en ambos lados.

He aquí el análisis que expuso Holmes después de que hube luchado durante un tiempo por hallar la solución, sin éxito.

La pieza comida en h6 no es la dama blanca (que se dió como ventaja), ni el alfil en c1 (que no salió nunca), ni el alfil en f1 (que está en la casilla del color equivocado), ni el peón faltante en e2 (que no pudo haber comido tres piezas para llegar a la fila h). Por lo tanto el peón en e2 se coronó. Dicho peón coronado puede estar ahora en el tablero como también haber sido comido en h6.

Dado que el rey no movió, la torre promovida no pudo nunca llegar a al. entonces tiene que ser la que se encuentra en h1. Entonces en este caso, el blanco puede envocar sólo del lado de la dama.

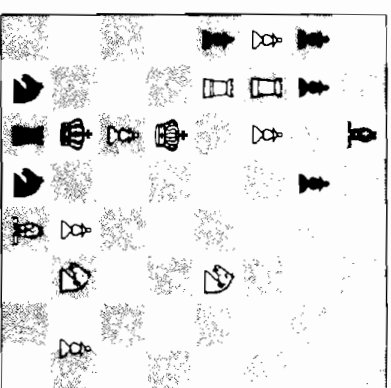
lla, el peón en h6 todavía estaba en g7. Ahora bien, el peón blanco originalmente en e2 se coronó: en f8, y comió una pieza, o en e8 ó g8, comiendo dos piezas. Si se trata del primer caso, entonces el alfil en f8 fue comido en algún momento previo en su castilla original (dado que el peón en g7 todavía no había movido), por lo tanto el alfil en e5 es promovido. Si se trata del último caso, entonces el peón en b7 también debe haberse coronado para convertirse en una de las *dos* piezas que comió el peón blanco. Para poder coronarse, el peón en b7 debe haber comido una pieza en a2 y luego haberse coronado en a1 o debe haber comido otra pieza en b1. ¿Pudo haber comido una pieza en b1? No, porque el peón blanco coronado fue comido en h6 y la dama blanca nunca estuvo en la partida, lo cual nos deja sólo los dos alfiles blancos. *Ambos* no pudieron haber comido piezas en a2 y b1, porque ambas son casillas blancas. Por lo tanto el peón blanco se coronó en a1 (lo cual, entre paréntesis, prueba que el peón blanco no se coronó en f8, ya que si así fuera el alfil en e5 tendría que ser promovido y nunca podría haber salido de a1). Un peón negro se coronó en a1, y la torre en a1 movió, de ahí que el blanco puede enrocar sólo del lado del rey.

70

LUBRICATION

¿Otro paseo al club de ajedrez? me preguntó Holmes algunos días más tarde.

Cuando llegamos, dos caballeros desconocidos jugaban una partida. La posición era la siguiente:



Blancas-11

Había un peón blanco colocado al descuido en el límite entre g² y h². Estaba a punto de preguntar en cuál de las dos casillas se suponía debería estar, cuando Holmes me detuvo. Me di cuenta de que tal vez él podría deducir la respuesta y sorprender a los jugadores al demostrarlo. Así que permanecí callado y observé su expresión.

sión con ansiosa anticipación. Pero Holmes no dijo nada, y de vez en cuando sacudía la cabeza desilusionado.

Justo en ese momento, el blanco puso la mano en una pieza y estaba a punto de mover. Un momento, por favor, pidió Holmes. — ¿Sería tan amable de decirme si esta partida ha sido normal?

— ¿Una partida *normal*? preguntó el blanco, atónito. — ¿Podría decirme, señor, qué es para usted una partida *normal*?

— Pues — contestó Holmes — simplemente una partida en la cual ningún peón se subcorona, una partida en la cual un peón sólo pidió dama.

— Pues, sí — contestó el blanco — esta partida ha sido lo que usted llama 'normal'. De hecho, hasta ahora no hubo ninguna coronación.

¡Ah! Entonces permítame — dijo Holmes, al tiempo que se inclinó sobre el tablero y movió el peón blanco a la casilla correcta.

— Gracias — dijo el blanco, y se disponía a continuar con la partida, pero repentinamente levantó la mirada hacia Holmes, sorprendido.

— Pero, ¿cómo lo supo, señor? ¿Cómo supo dónde estaba el peón?

— Porque usted tuvo la amabilidad de decirme lo — dijo Holmes, riéndose: evidentemente disfrutaba de la sorpresa del jugador.

— ¿Que yo se lo dije? — inquirió el blanco, más atónito que nunca.

— Pues, sí — contestó Holmes. — Por supuesto no en forma explícita, sino implícita. No me lo dijo directamente, sino por inferencia. Este comentario no pareció haber esclarecido la situación a los jugadores. Holmes prosiguió: — Pronto me di cuenta de que sólo por la posición no era posible colocar el peón en su lugar; había tres cosas que debía saber. En primer lugar, no sabía *con seguridad* qué lado era blanco, aunque por supuesto podía adivinar. En segundo lugar, no sabía a quién le tocaba jugar. En tercer lugar, no sabía si había habido alguna subcoronación. Pues bien, cuando vi que uno de ustedes se disponía a mover una pieza blanca, supe qué lado era blanco y que era el turno del blanco. Con respecto a las subcoronaciones, usted mismo tuvo la gentileza de decirme lo. Entonces, ¿dónde está el misterio?

— Pero — dijo el negro — ¿qué tiene que ver todo eso con la ubicación del peón?

— Pues — dijo Holmes en forma casual — ésa fue la parte más elemental. Mi razonamiento fue el siguiente:

El negro acaba de mover; ¿cuál fue su última jugada? Evidentemente, con el rey o con uno de los caballos. No pudo haber sido con ninguno de los caballos, ya que ninguno pudo haber movido desde una casilla que no estuviera poniendo en jaque al rey blanco. Por lo tanto fue con el rey negro. Por supuesto no procedió de b3 ni de d3, ni de d2, ya que habría estado en jaque imaginario con el alfil blanco. Por lo tanto procedió de b2, escapando así del jaque de la torre blanca. ¿Cómo pudo el blanco dar este jaque? No pudo haber movido su rey de b4, porque habría estado en jaque imaginario con el peón en a5. Tampoco pudo haber movido, por supuesto, de b3. ¿Podría ser que la torre misma movió último de c5, d5 ó e5 y dio el jaque directamente? Pues bien, teniendo en cuenta la otra torre blanca en b6, eso sólo sería posible si la torre *comiera* una pieza negra en b5. ¿Cuál podría ser dicha pieza negra? Un caballo no, porque hay dos caballos negros en el tablero, y no ha habido ninguna subcoronación. De la misma manera, no fue un alfil, porque el alfil negro que mueve en casillas blancas todavía se encuentra en e8. Tampoco fue un peón, porque el peón en a5 proviene de e7, de ahí que ningún peón en e7, f7, g7 ó h7 pudo haber llegado a b5. Tampoco una torre, porque la torre en a8 no pudo haber salido al tablero, sino que fue comida en a8 ó b8, ya que ni el alfil en e8 ni los peones en a7, b7 y d7 movieron todavía. La última posibilidad es examinar la dama negra. Esto tampoco es posible, porque estaría poniendo en jaque al blanco y no podría haber venido de ninguna casilla que no estuviera poniendo en jaque al blanco, incluso suponiendo que la torre, al comerla, hubiera venido desde tan lejos como e5.

Por lo tanto la última jugada del blanco *no* fue con la torre en b5. Entonces la última jugada del negro fue con el rey en b2, *comiendo* la pieza blanca en c2, que acababa de descubrir el jaque de la torre. Dicha pieza blanca sólo pudo ser un caballo en b4 o un alfil en b3. La primera posibilidad se descarta, ya que hay dos caballos blancos en el tablero, y no hubo ninguna subcoronación. Por lo tanto la última jugada del negro fue con su rey en b2, comiendo un alfil blanco en c2. La casilla original de este alfil es f1, de ahí que el peón ambiguamente ubicado entre g2 y h2 debe estar en h2, porque de otro modo el alfil no podría haber dejado su

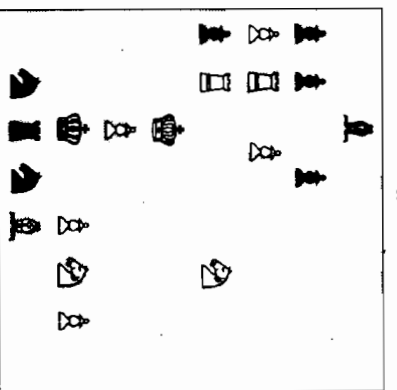
casilla original. Lo cual prueba, caballeros, que el peón corresponde a h2.

—Una admirable cadena de razonamiento —observó el blanco.

—¿Dijo usted —preguntó el negro — que ésta era la parte *elemental*?

—Bueno —contestó Holmes, a manera de disculpa— tal vez debería haber dicho *apenas* elemental.

Momentos más tarde Holmes continuó: —En realidad, caballeros, esta posición es casi idéntica a una que presencié hace algún tiempo. —Utilizando el tablero y las piezas de una mesa cercana que se encontraba vacía, dispuso lo siguiente:



Negras-9

Blancas-11

—Las condiciones son las mismas que antes, esto es: es el turno del blanco y no ha habido subcoronaciones. La posición difiere de la anterior en lo siguiente: el peón que antes se encontraba ubicado ambiguamente ahora se encuentra en g2, mientras que el peón que antes se encontraba en c6 ahora está ubicado ambiguamente entre c6 y d6. La pregunta es: ¿el peón está ubicado en c6 o en d6?

—Pues, en d6, por supuesto —respondió uno de los jugadores en forma inmediata. Su nombre era Ferguson, y más tarde descubrimos que era un excelente lógico.

¿Por qué? —preguntó Holmes.

Porque —contestó Ferguson — si estuviera en c6, habríamos tenido la misma situación imposible de antes.

—¡Excelente! —exclamó Holmes — pero quisiera saber algo más. Lo que realmente quiero saber es, ¿cómo el hecho de que el peón se encuentre en d6 y no en c6 soluciona dicha imposibilidad?

—Me temo —objetó Ferguson — que su pregunta no es lo suficientemente precisa para obtener una respuesta precisa.

Es verdad, es verdad —admitió Holmes—. Bien, déjenme hacerles la pregunta de esta manera: ¿cuál fue exactamente la última jugada del blanco?

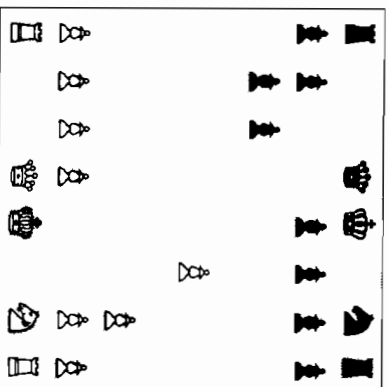
Esa sí que es una pregunta precisa —contestó Ferguson. Déjeme ver . . . ¡Ah, sí! Lo que sucedió fue lo siguiente: el mismo argumento de antes establece que si el rey negro acaba de comer una pieza en c2, dicha pieza sólo puede ser un alfil. Pero no puede ser un alfil, debido a los peones en e2 y g2. Por lo tanto la última jugada del negro fue con el rey de b2 a c2, pero *no* comió ninguna pieza. Por lo tanto la última jugada del blanco debe haber sido con la torre en b5 moviendo horizontalmente y comiendo una pieza negra en dicha casilla. ¿Cuál fue la pieza negra? Con el mismo argumento que antes, no pudo haber sido un peón, ni un caballo, ni un alfil, ni una torre. Pero un peón en d6 y no c6 invalida el anterior argumento de que no podía ser una dama. Podría haber sido —de hecho debe haber sido— una dama, que dio jaque al rey blanco al venir desde c6. Pero esto es posible sólo si la torre blanca que ahora se encuentra en b5 hubiera estado ubicada en c5. Por lo tanto la última jugada del blanco fue con la torre en b5, moviendo desde c5 y comiendo una dama en b5.¹

—Excelente razonamiento —dijo Holmes—. Espero de verdad, señor Ferguson, tener el placer de volver a verlo.

¹ Si el lector encuentra esta explicación difícil de seguir, sugiero que coloque el rey negro en b2, la torre blanca que ahora se encuentra en b5, en c5, el peón ambiguo en d6, y una dama negra en c6: ésta era la posición tres jugadas atrás. Luego la siguiente secuencia nos lleva a la posición actual: (1) dama negra a b5, jaque; (2) torre en c5 come dama; (3) rey a c2.

Holmes y yo estábamos a punto de dejar el club cuando Holmes se detuvo en una de las muchas mesas de ajedrez vacías sobre la cual había una partida sin terminar. —¡Eh! —exclamó. — Esto puede ser interesante. ¡Señor Fergusson, señor Fenton! —llamó — si no les molesta acercarse un momento, creo que tenemos otra posición intrigante para analizar. Nuevamente tenemos un peón ambiguamente ubicado, pero esta vez en forma vertical y no horizontal. Estudiamos la posición:

Negras-13



Blancas-13

—Me pregunto —continuó Holmes— si podremos deducir en qué casilla debe ubicarse el peón. Creo que podemos asegurar que el banco es como se indica.

Al principio, debo confesar, me pareció imposible de resolver. Pero los cuatro estudiamos con cuidado la situación, y poco a poco la solución vio la luz.

Tanto el alfil blanco de la dama como el alfil negro del rey fueron comidos en sus casillas originales. De ahí que las piezas comidas en b6 y c6 fueron el alfil y el caballo blancos del rey: el alfil fue comido, evidentemente, en c6. Las piezas comidas por el peón blanco en g3 y la pieza comida en la fila f (f4 ó f5) fueron el alfil y el caballo negros de la dama; obviamente el peón en la fila f comió el alfil. Ahora bien, el alfil negro de la dama no salió al tablero hasta *después* de la toma en c6. Así que el alfil blanco

del rey fue comido antes que el alfil de la dama. El peón en la fila f viene desde e2; movió antes de que el alfil blanco del rey saliera y fuera comido. No pudo haber comido en f3, porque el alfil blanco de la dama aún no había salido para luego ser comido. De ahí que movió desde e2 hasta e4 y más tarde comió el alfil negro de la dama en f5.

La secuencia fue ésta: peón en e2 movió a e4, luego salió el alfil blanco del rey para ser comido en c6; después el alfil negro de la dama fue comido en f5. Por lo tanto el peón blanco debe estar en f5.

“PARA CONOCER EL PASADO”

—Es algo curioso —observó Holmes algunas noches más tarde— que para conocer el pasado, a veces se debe conocer primero el futuro.

¡Oh! —contesté, tratando de adivinar el significado de este comentario típicamente enigmático. — ¿Podría ser un poco más preciso, Holmes?

—Sí —contestó. De hecho, tengo en mente un incidente muy específico. Tuvo lugar como resultado de dos sucesos recientes. Uno de ellos fue nuestra pequeña aventura del peón ambigüamente ubicado. El otro fue el hecho de que uno de mis casos me condujo esta mañana a un laboratorio de investigación. En la oficina del director había un letrero que me llamó la atención:

PARA CONOCER EL PASADO, SE DEBE CONOCER PRIMERO EL FUTURO

—Estos dos incidentes me recordaron lo siguiente: hace alrededor de siete meses estaba trabajando en un caso muy serio, la clave del cual sabía que encontraría en una de las tantas habitaciones de la casa de lord Bottomley. Fui de visita una noche a la casa pero descubrí, decepcionado, que había una fiesta. Sin embargo lord Bottomley, quien tenía especial interés en ver el caso resuelto, fue muy amable y de gran ayuda. Me presentó como invitado, y más tarde me dijo en privado que podía sentirme en libertad de acción para continuar con mi investigación en cualquier parte de la casa.

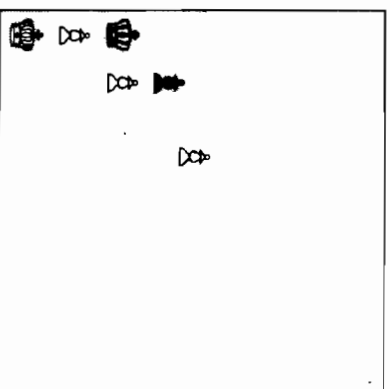
Pues bien, Watson, después de revisar algunas de las habitaciones vacías, por fin hallé la pista que buscaba. El problema ya estaba resuelto. Quiero decir, resuelto hasta tanto recibiera cierto

mensaje del detective Lestrade. Sólo tenía que aguardar hasta recibir dicho mensaje, que estaba seguro corroboraría mis propios hallazgos.

No me sentía muy sociable esa noche ni con ganas de unirme a los invitados. Para pasar el tiempo, caminé despacio por las habitaciones de un ala algo desierta de esta casa fascinante. Llegué a una habitación algo pequeña, una especie de biblioteca-estudio. En el centro había una partida de ajedrez sin terminar. Dos ejemplares mal apagados indicaban que los jugadores acababan de retirarse.

Con gran sorpresa, Watson, descubrí que uno de los peones estaba ubicado no en el *límite* entre dos casillas sino en un *trincón* entre cuatro casillas: ¡c4, c5, d4 y d5! La posición era esta:

Negras-2



Blancas-4

“¡Vaya!” —me dije— “¿cómo se puede ser tan descuidado?”. De todos modos, pensé en deducir en cuál de las cuatro casillas debía estar el peón, y luego divertirme un poco dejando una nota a los jugadores si es que volvían —diciéndoles dónde debía ubicarse el peón. Pero pronto me di cuenta de que, como estaban las cosas, el problema no tenía solución. Tenía sobradas evidencias, con las que no lo aburriré, para justificar qué lado era blanco, ¡pero no podía saber dónde debía ubicarse el peón a menos que supiera algo del *futuro* de la partida!

Estaba más confundido que nunca. Holmes continuó: —En ese mismo momento oí pasos detrás de mí, y una voz dijo: “Una casa de verdad hermosa, pero ahora continuemos con nuestra partida”, con lo cual dos caballeros entraron en la habitación, me saludaron con una inclinación de cabeza, y se dirigieron a la mesa de ajedrez. Estaba encantado de que hubiera alguna esperanza de resolver este misterio, cuando de repente ví que el mayordomo en el corredor se dirigía hacia donde yo estaba. Fui a su encuentro rápidamente y me dijo: —Señor, lo he estado huscando por todas partes. Hay un mensaje urgente para usted afuera, en el jardín. Con paso rápido fui hacia donde me habrían indicado, y allí encontré un niño, quien me entregó el mensaje que había estado esperando de Lestrade. De hecho confirmaba mis hallazgos, y mi mente se desligó por completo de ese tema. No había ninguna emergencia, así que tenía el resto de la noche para mí.

Regresé a la habitación para esclarecer el misterio ajedrecístico sin resolver. Sin embargo cuando llegué descubrí, para mi gran desilusión, que la partida había concluido; los jugadores estaban concentrados ahora en los pasos preliminares de una nueva partida. ¡Todas las huellas borradas! Pero entonces tuve una idea: —Caballeros —pregunté— ¿les molestaría decirme quién ganó la última partida?

Yo contesté uno de ellos. ¡Lo cual, Watson, resolvía el problema! El misterio es realmente muy elemental, y creo que le gustaría probar la solución.

Me detuve a pensar un momento, estudiando la posición que Holmes había reproducido para mí. —Holmes —dije de repente— creo que inadvertida o deliberadamente me ha ocultado una evidencia vital.

Por supuesto que no —aseguró Holmes.

—Mi querido Holmes —dije— ¿se da cuenta de que ni siquiera me dijo si el negro o el blanco había ganado?

—Por supuesto que no —contestó Holmes—. Eso es absolutamente irrelevante. De hecho, ni siquiera yo supe si fue el negro o el blanco, ni necesité saberlo. Podría haber imaginado que fue el blanco, ya que las blancas parecen estar ganando, pero no pregunté si el blanco o el negro había ganado, sino sólo cuál de los dos jugadores había ganado.

Pensé en esto, pero no pude descubrir de qué manera podía ser relevante el saber qué *persona* había ganado. Finalmente dije: —Holmes, creo que tendré que pedirle una pista. Suponga que hubiera sido el otro jugador quien le dijera que había ganado. ¿Incluiría en ese caso habría descubierto la solución?

Por cierto —aseguró Holmes.

Y la solución, ¿habría sido la misma o diferente?

—La misma, por supuesto.

He aquí un gran interrogante. —Holmes —dije por fin— tengo que tendré que darme por vencido.

Bien, bien —dijo Holmes—. En realidad, este es el tipo de problema, creo, que si no se resuelve de inmediato no se resuelve nunca. La verdad, Watson, es ésta: pedí más información de la que necesitaba en realidad. No debía importarme qué *lado* ganara, y por supuesto tampoco qué *persona* ganara, sino solamente qué *alguien* ganara. En otras palabras, la partida no terminó en tablas. Más específicamente, la partida no terminó en ahogado. Ahora bien, Watson, si fue el turno del negro, entonces éste no podría haber evitado quedar ahogado, sin importar donde estuviera ubicado el peón blanco. De ahí que tiene que ser el turno del blanco. ¿Pero cuál pudo haber sido la última jugada del negro? La única posibilidad es que el peón ambiguo en realidad se encuentra en c4 y que el peón negro lo come al paso. Por lo tanto el peón blanco está en c4.

—Ya lo veo, Holmes—. Luego se me ocurrió otra idea: —Pero Holmes, la validez de su solución, ¿presupone que la última jugada del blanco fue con el peón en c4, que acababa de mover de c2? ¿Qué evidencia tenía de que esta era la última jugada del blanco?

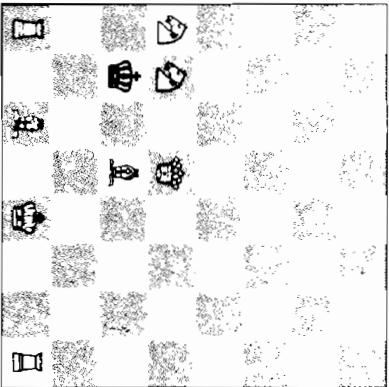
—Lo está razonando mal, Watson! Mi solución no *presupone* esta jugada, sino que *probaba* que esta debía haber sido la última! Si ésta no hubiera sido la última jugada, entonces la posición *habría* terminado en ahogado, lo cual no sucedió. Un simple caso de *reductio ad absurdum*.

—Entonces, Watson —continuó Holmes con una risita— ¿no es divertido cómo a veces sucede que para conocer el pasado, primero se debe conocer el futuro?

ESTUDIO DE JAQUES IMAGINARIOS

La siguiente oportunidad en que Holmes y yo visitamos el club de ajedrez, aprendí una valiosa lección: cómo a veces es posible llegar a una conclusión perfectamente correcta por medio de un razonamiento equivocado. Lo que sucedió fue lo siguiente.

Cuando llegamos, el club estaba desierto. Había varios tableros de ajedrez aquí y allá, algunas partidas terminadas y otras no. Una posición en particular me llamó la atención.



—¿Podrá el blanco enrocar en *esta* posición? —pregunté, riéndome. — No es que vea alguna razón por la que podría *querer* hacerlo, pero me pregunto, en el caso de que quisiera, si podría.

Holmes observó la posición un momento y contestó: —Es una pregunta fácil de responder. ¿Cuál es su opinión?

Miré el tablero nuevamente. — Pues dije con aire de triunfo— el blanco no puede enrocar.

Holmes me miró y preguntó: — ¿Por qué no?

—Por una razón muy simple —contesté riéndome—. Para que el blanco pueda enrocar, tiene que ser el turno del blanco. Y no es el turno del blanco.

¿Cómo sabe eso? —inquirió Holmes.

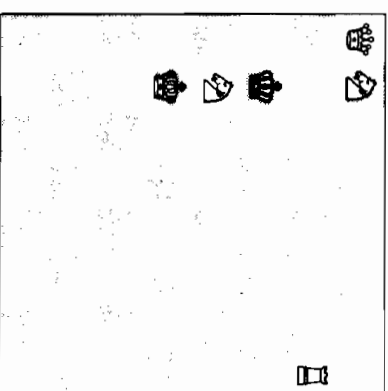
Porque —contesté riéndome— si es el turno del blanco, significa que el negro movió último. Pero cada casilla desde la cual pudiera mover el rey negro involucra un jaque imaginario o imposible.

Eso no es necesariamente cierto, Watson. De hecho, ha arribado a la conclusión correcta que el blanco no puede enrocar, pero su razonamiento es inadecuado. Mi análisis sería el siguiente:

Si el blanco puede enrocar, significa que es el turno del blanco. La única manera posible de que sea el turno del blanco es que el rey negro recién haya venido desde a3. Lo cual es posible, siempre y cuando el blanco esté moviendo en dirección opuesta a la que aparenta; en este caso, la última jugada del blanco fue con un peón en b2 comiendo una pieza en a1 y coronándose torre. Pero en ese caso, el blanco de todos modos no puede enrocar porque está yendo en la dirección equivocada. De ahí que la verdadera razón por la cual el blanco no puede enrocar es que no es su turno o que está yendo en dirección equivocada.

— Por supuesto — dije.

Holmes dispuso de otro modo las piezas:



—En realidad, Watson, el problema anterior es la segunda oportunidad en que nos encontramos con una situación en la cual lo que aparenta ser un jaque imaginario puede, en cambio, ser el resultado de una subcoronación. La primera, recuerde, fue la última jugada del blanco en nuestro pequeño misterio de la pieza faltante. El tablero que acabo de disponer contiene otros dos jaques seudoinimaginarios que a veces engañan a las personas.

Holmes continuó: —En esta posición, el negro pudo haber venido desde cualquiera de las casillas a6 y c6. La coronación de un caballo podría justificar ambas posibilidades. Si el negro vino de c6, significa que un peón blanco desde b7 avanzó hasta b8 y se convirtió en un caballo. Si el negro vino de a6, entonces un peón blanco desde a7 comió una pieza en b8 y se convirtió en un caballo.

UN PROBLEMA SIN RESOLVER

...Watson, mañana debo partir a Europa —me dijo Holmes inesperadamente una noche en Baker Street—. Tengo a mi cargo un caso de importancia internacional, y no tengo idea de cuánto tiempo me ausentaré. Probablemente sean algunas semanas, y tal vez algunos meses.

¿Qué haré para tener aventuras ajedrecísticas? pregunté con tristeza.

Watson —dijo Holmes de buen humor—: creo que ya está en condiciones de andar solo. Sólo mantenga los ojos abiertos y la mente alerta.

Pero antes de partir, Watson —continuó—: quiero discutir con usted un problema que he tenido en mente y que no he podido resolver.

—¿Y usted espera que *yo* lo resuelva? —pregunté con incredulidad.

—No, Watson, ni siquiera estoy seguro de que *alguien* pueda resolverlo —respondió pensativamente—. De hecho, no estoy seguro de que tenga una solución bien definida. La solución parece encontrarse en algún lugar en el límite entre el ajedrez, la lógica, la filosofía, la lingüística, la semántica y la ley.

—Parece una combinación muy intrigante —contesté—. Por favor permítame verlo.

—Antes debe conocer el trasfondo histórico —dijo Holmes—. Hace poco estuve investigando la evolución del juego de ajedrez. Las reglas han cambiado muchas veces con el correr de los siglos. En este caso, el último cambio es el relevante.

—¿Cuál es ese cambio? —inquirí.

—Se refiere a la regla de coronación de los peones. Antes de la última modificación, la regla decía: “Cuando un peón llega a la

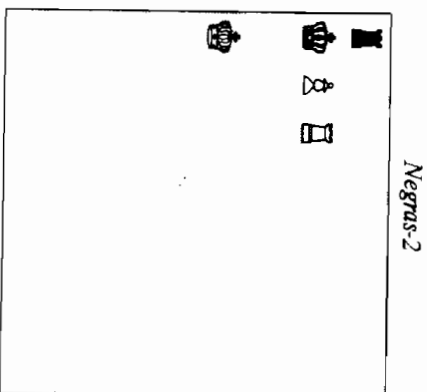
octava casilla, se convierte en cualquier pieza con excepción de un peón o un rey". Sin embargo, la vieja regla no decía que el peón debía coronarse con una pieza *del mismo color*.

—¿Y por qué alguien querría coronar una pieza del color *opuesto*? —pregunté con mi característico sentido práctico.

—No lo sé, Watson, pero ése no es el punto. Creo que las reglas de un juego como el ajedrez deben ser absolutamente claras e inequívocas. Por supuesto que no es *probable* que una persona quiera coronar una pieza de diferente color, pero *puede* suceder en un raro caso en que hacerlo sea para propio beneficio. De hecho, esto *sucedió* una vez, y ésa fue la razón por la cual se modificó la regla. Sucedió durante un torneo, y el blanco dio jaque mate al rey pidiendo caballo negro.

—¿Cómo sucedió? —pregunté.

—Pues, fue algo así —dijo Holmes, mientras disponía las piezas en el tablero de la siguiente manera:

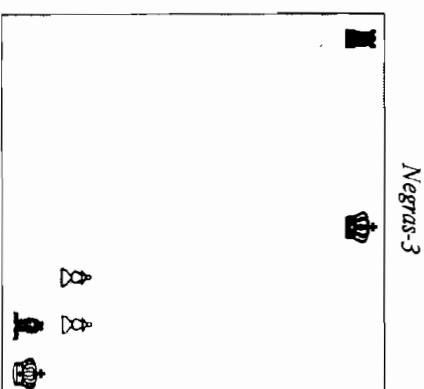


Blancas-3

—Había muchas otras piezas en el tablero, pero éstas son suficientes para ilustrar la posición. Tal como está, el blanco no puede ganar en una jugada si la partida se juega de acuerdo con nuestras actuales reglas de coronación, pero antes de la modificación, el blanco gana de una sola jugada avanzando el peón y coronándolo caballo negro.

De todos modos continuó Holmes— no me habría importado si dicho caso *nunca* hubiera surgido en una partida real. Cuando tropecé con esta modificación, lo primero que pensé fue ¡qué fiesta sería para los analistas retrospectivos componer problemas de acuerdo con las reglas arcaicas de coronación de peones! Espero que algún retrospectivista futuro lo haga.

Entonces —prosiguió— se me ocurrió el siguiente curioso problema. Digamos que la siguiente partida se jugó en los tiempos en que se permitía coronar a un diferente color:



Blancas-3

Ahora, suponiendo que sea el turno del negro y que el negro nunca movió su rey. Mi pregunta es: *¿Puede enrocar el negro?*

Observé la posición, y en segunda capté la idea: la única última jugada posible para el blanco fue con el peón coronándose torre negra en a8. Se da como pauta que el rey negro no movió; la pregunta crucial es, entonces, si puede o no decirse que la torre negra coronada movió.

Me preguntó si las reglas de enroque son lo suficientemente exactas como para resolver ese punto sugerí.

—Tal vez no lo sean, Watson, pero no estoy seguro. La regla de enroque parece ser razonablemente explícita: El enroque está permitido siempre y cuando: uno, ni el rey ni la torre hayan mo-

Segunda parte

La isla de Marston

vido; dos, el rey no esté en jaque; tres, el rey no pase por sobre ninguna casilla en jaque. Las condiciones dos y tres se cumplen claramente; el problema está en la condición uno. Se nos dice que el rey no movió, por lo tanto el problema, como usted lo señaló, está en la torre. Me atrevería a decir que la torre coronada *todavía no tuvo tiempo de mover*, de ahí que el negro puede enrocar.

—Y yo me atrevería a asegurar lo contrario —dije—. Diría que la torre negra de la dama fue sacada del tablero cuando fue comida, y devuelta al tablero cuando se la repuso por medio de la coronación. Así que diría que la torre sí movió.

—¿Pero es en realidad la misma torre? preguntó Holmes.

—¡Eso sí que es un problema! Estoy seguro de que diferentes lectores serán de diferentes opiniones con respecto a este punto. Holmes y yo nos pasamos toda la noche discutiéndolo, pero por supuesto no llegamos a ninguna conclusión definitiva. Profundizamos este problema un poco más en algún lugar en la segunda parte. Mientras tanto, es un momento apropiado para cortar el hilo de la narración.

A BORDO

Mayo 3, 1895. Aquí estamos, Holmes y yo, a bordo de un buque de lujo con destino a una isleta en las Indias Orientales. Todo sucedió como sigue.

Dejé al lector la noche antes de la partida de Holmes hacia Europa. Estuvo ausente durante más o menos tres meses y medio y regresó inesperadamente la semana pasada: el 28 de abril. Era un hermoso día, y yo estaba paseando por el parque. —Sabía que lo encontraría aquí —dijo la voz familiar a mis espaldas.— Llegué a casa hace dos horas, con todas mis valijas, no lo encontré, y me imaginé que aprovecharía un día como éste.

—¡Caramba, Holmes —contesté con alegría— no sabía que había vuelto! ¡Cuénteme todo acerca del viaje!

—Después —dijo Holmes, riéndose.— Por ahora, dígame, ¿le interesaría hacer un viaje a las Indias Orientales?

—¡Las Indias Orientales! —contesté atónito— ¿Está usted bromeando? ¿O el caso lo obliga a ir?

—No, no —contestó Holmes.— Concluí con ese asunto felizmente en Europa. Resultó ser mucho menos intrigante de lo que yo había anticipado: de hecho, fue un caso de rutina. Aun así, mi presencia fue vital y todos los criminales han sido capturados. Entonces, repito, ¿le interesaría hacer un viaje a las Indias Orientales?

—¡Pero el costo! —protesté.— ¡Mi actual cuenta bancaria no soportaría semejante lujo!

—Da la casualidad, Watson, de que el viaje no nos costará ni un centavo, y es posible que obtengamos, además, alguna ganancia.

—Cuénteme más —dije con creciente interés.

—Por supuesto —contestó Holmes— pero, ¿qué le parece si primero almorzamos? Apenas desayuné esta mañana.

Cerca de una hora más tarde, cómodamente ubicados en una terraza al aire libre, después de un buen almuerzo y un relato completo del reciente caso, Holmes continuó: —Pues bien, Watson, todo tiene relación con el coronel Marston. ¿Recuerda que hace un tiempo compró la casa de su hermano en una isla muy pequeña en las Indias Orientales?

—Sí, recuerdo.

—¿Sabe usted por qué la compró?

—Supongo que como lugar de descanso.

—En parte, Watson, pero ésa no es toda la historia. ¿Sabe algo de los antepasados de Marston?

—Absolutamente nada —contesté.

—Pues bien, su bisabuelo, el capitán Marston, fue un individuo bastante famoso.

—¿En calidad de qué famoso? —inquirí.

—Pues, a decir verdad, fue famoso como pirata.

—¡Pirata! —dije, atónito. ¿Dijo usted *famoso* o *infame*? —agregué con una sonrisa.

—Supongo que los dos adjetivos son aplicables, aunque personalmente prefiero pensar en él como famoso. ¡En verdad era una persona muy especial!

—¿En qué sentido? —pregunté un poco escéptico.

—El era, Watson, del tipo de Robin Hood: robaba a los ricos para dar a los pobres. De todos los bucaneros de la historia es para mí el más simpático. Pero por supuesto, no justifico su evidente falta de respeto por la ley. Sin embargo, si hemos de ser justos, debo agregar que para ser un forajido, ¡era muy humano! En primer lugar, en sus piraterías no se derramaba una sola gota de sangre; de hecho, no hay evidencias de que ni siquiera haya hecho uso de violencia física con nadie. En segundo lugar, nunca saqueaba todo el cargamento de un barco; trataba a sus prisioneros con la máxima consideración; y para él era cuestión de honor ver que siempre estuvieran a salvo. ¡De hecho, más de una vez arriesgó su vida por eso! En tercer lugar, siempre rescataba a cualquier buque en peligro. Como dije, fue el bucanero más humano que jamás haya conocido.

Hace un tiempo hice una minuciosa investigación sobre él —continuó Holmes— y estoy convencido de que su vida sería el tema para una magnífica novela histórica. Era un individuo muy cul-

to; tenía la manía de coleccionar manuscritos raros y pasión por el ajedrez.

—Creo que esta última pasión suya puede ser relevante para nuestra próxima aventura.

—¿Nuestra aventura, Holmes? —pregunté con una sonrisa. —Está decidiendo por mí?

—Creo que realmente sentirá deseos de ir, Watson, cuando escuche el resto de la historia.

—Soy todo oídos —confesé.

—Pues bien, el viejo capitán Marston regaló casi todo el botín a las familias necesitadas. Una parte, sin embargo, la guardó, y cremos que enterró la mayor parte poco antes de su muerte en la pequeña isla en las Indias Orientales, donde había hecho su hogar.

La isla —continuó Holmes— durante años ha estado en posesión del hermano del coronel Marston, Edward. Se ha establecido casi sin lugar a dudas que el tesoro está enterrado en *algún* lugar de la isla, y el valor y el contenido de dicho tesoro se aproxima a las doscientas mil libras en oro y joyas. Pero no se sabe en absoluto donde está enterrado, y la excavación de toda la isla costaría mucho más de lo que vale. De manera que el tesoro ha permanecido en su escondijo durante casi cien años.

Ahora bien —continuó Holmes— la última vez que el coronel Marston estuvo en Londres —cuando tuvimos nuestra primera aventura ajedrecística con él y con sir Reginald— me dijo, algunos días más tarde, que Edward se acababa de casar con una mujer norteamericana a quien no agradaban en absoluto los trópicos; de hecho, quería vivir cerca de su familia, en Boston. Por lo tanto Edward vendió toda la propiedad a su hermano en una suma relativamente pequeña, con la condición de que si alguna vez se encontraba el tesoro, éste sería dividido en partes iguales entre los dos hermanos.

—Ahora viene la parte más emocionante, Watson! Hace una semana en París recibí un mensaje del coronel Marston de que existe una esperanza de encontrar el tesoro, y pide nuestra ayuda. Parece que Marston encontró entre los volúmenes raros de la biblioteca del capitán un mapa oculto entre las páginas de uno de los manuscritos. No estoy seguro de los detalles, pero Marston cree que el mapa podría resolver el misterio. Está en la forma de algunos dia-

gramas de ajedrez, con mensajes adjuntos en una especie de código. Marston dijo que lo que se necesita es una combinación de criptografía y análisis retrospectivo. Así que nos invitó a ir a su isla con todos los gastos pagos, sin importar si localizamos el tesoro o no. Y si lo logramos, él y su hermano nos prometen una generosa porción.

¡Y aquí estamos, pasajeros de primera clase, con destino a las Indias Orientales! Hasta ahora el clima ha sido excelente, y el viaje promete ser delicioso. ¡El barco está repleto de ajedrecistas! Se juega en todas partes: en las cubiertas, en el salón de fumar, en el comedor, en cualquier lugar. ¡Me imagino que me divertiré muchísimo! Prometo, por supuesto, proporcionar un relato detallado de cualquier aventura ajedrecística con que nos encontremos.

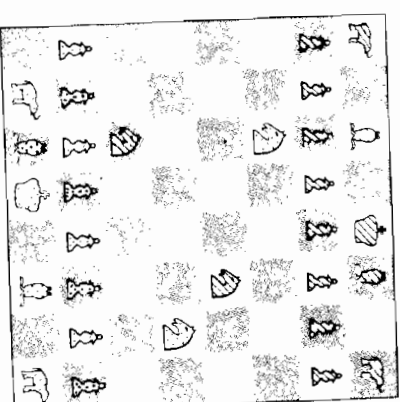
El lector que haya seguido fielmente las aventuras en la primera parte ya posee un grado de competencia considerable en análisis retrospectivo. De manera que describiré las aventuras en el barco de manera diferente. Más específicamente, no incluiré las soluciones junto con la narrativa, sino que propondré los problemas, para que el lector trate de resolverlos solo. Sin embargo, daré todas las soluciones al final del libro.

EL ENIGMA DEL JUEGO DE AJEDREZ INDIO

Mayo 4. Hoy tuvimos nuestra primera aventura ajedrecística, ¡y vaya si fue extraordinaria!

Hay a bordo dos hermanos, nativos de la India. Poseen un magnífico si bien curioso juego de ajedrez, proveniente de su país. No es difícil reconocer la forma de las piezas - la principal diferencia son las torres, que tienen la forma de elefantes de batalla - pero los colores son inusuales. En lugar de los acostumbrados blanco y negro o blanco y rojo, los colores de este juego son rojo y verde. Holmes y yo nos encontramos con la siguiente posición:

Verdes-15



Rojas-15

Los jugadores habían abandonado la partida por un momento e ido de paseo por el barco. Algunos otros entusiastas del ajedrez observaban el extraño juego y se preguntaban cuál de los colo-

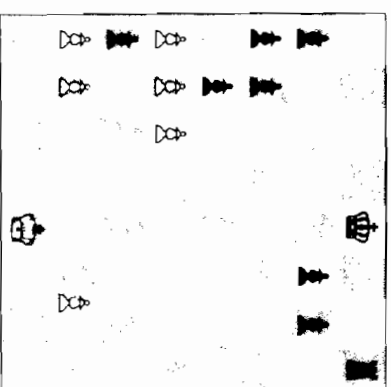
res sería realmente blanco y cuál negro; algunos suponían que era el uno y otros, que era el otro. Holmes observó la posición durante un momento y anunció: —Caballeros, es innecesario adivinar; se puede *deducir* qué color es en realidad blanco.

De esta manera dejó el problema al lector: ¿Qué color es en realidad blanco?

OTRO PROBLEMA DE UBICACION

Mayo 6. Nuestra próxima aventura, que incluyó un problema de interesante solución, fue nuevamente un caso de un peón desplazado. Holmes y yo paseábamos por cubierta cuando nos encontramos con dos jugadores en una partida con la siguiente posición:

Negras-9



Blancas-7

Nos detuvimos a observar. Justo en aquel momento el negro enroscó, con lo cual Holmes ubicó el peón en el lugar correcto. Naturalmente los ajedrecistas se mostraron sorprendidos, y más tarde intrigados cuando Holmes les explicó cómo lo había deducido. ¿Cómo pudo saberlo?

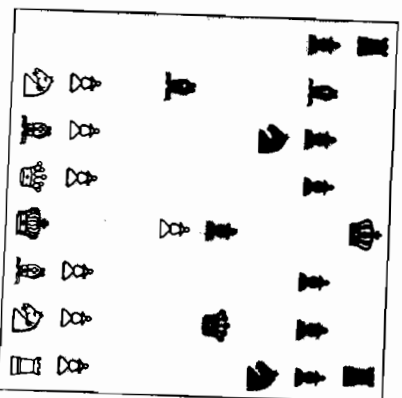
HOLMES PONE FIN A UNA DISPUTA

Cuando apareció Alicia, los tres acudieron a ella para resolver la cuestión, y repitieron ante ella el argumento pero, como todos hablaban a la vez, le fue muy difícil descubrir qué era lo que decían con exactitud.

LEWIS CARROLL

Mayo 8. ¡A bordo, Holmes ya tiene fama como detective ajedrecístico! Se habla mucho de él, y nuestra próxima aventura, la cual fue bastante cómica, sólo contribuyó a aumentar su fama. Nos encontramos con una partida abandonada, con algunos jugadores alrededor que discutían si el negro podía enrocar o no.

Negras-15



Blancas-14

Uno de los observadores sostenía que el negro podía enrocar del lado del rey pero no del de la dama; otro, que el negro podía

enrocar del lado de la dama pero no del lado del rey; un tercero, que no podía enrocar de ninguno de los dos lados. Ahora bien, cada uno de los tres observadores había estado presente en diferentes momentos de la partida, pero ninguno durante todo el juego. Por lo tanto cada uno recordaba diferentes hechos que utilizaba para justificar su argumento.

Cuando Holmes se acercó, los tres acudieron a él para resolver la disputa. Como los tres hablaban al mismo tiempo, a Holmes y a mí nos resultó un poco difícil descubrir qué era lo que decían con exactitud. Mas después de que aplacó la confusión, Holmes pudo extraer la siguiente información con respecto a la historia de la partida:

1. El blanco dio ventaja de una torre al negro.
2. El blanco aún no movió ninguno de sus caballos.
3. No hubo ninguna coronación.
4. La última jugada del blanco fue del peón de e2 a e4.

Ayudado por estos hechos, Holmes estudió la posición nuevamente. Un momento después Holmes dijo a los tres disputadores: ¡Caballeros, ¡todos están equivocados! Suponiendo que los cuatro puntos sean correctos, la respuesta es que el negro puede enrocar de cualquier lado, a pesar de que no es su turno ahora. Pero después de la próxima jugada del blanco, el negro puede enrocar de cualquier lado.

¿Eso puede probarse? preguntó uno de los tres, atónito. Pues, sí - contestó Holmes.

¿Puede probarse que el negro puede enrocar? repitió el disputador, sin poder creerlo.

Por supuesto.

Es realmente asombroso, señor Holmes. He sabido de muchas posiciones en las que se puede probar que un lado determinado no puede enrocar, pero nunca me tropecé con una situación en la que se puede probar que se puede.

Ni yo - aseguró Holmes.

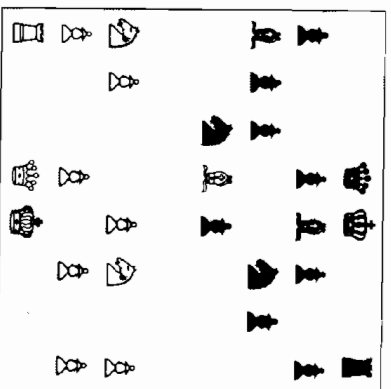
Lo que me confunde - continuó el contendiente - es lo siguiente: veo cómo puedo probar que un rey o una torre movió, pero a fe mía no puedo ver cómo puede probarse que no movió.

En este caso la prueba es bastante elemental - contestó Holmes. ¿Puede usted probarlo?

EL CASO DEL PEON CAIDO

Mayo 9. Hoy acudieron a Holmes para resolver otro problema cuando nos acercamos a la siguiente partida en juego:

Negras-15



Blancas-14

Un peón blanco se había caído del tablero por accidente. Ninguno de los jugadores podía recordar con seguridad en qué casilla se encontraba. Holmes estudió la posición durante un momento.

--Me temo que no puede deducirse sólo por la posición dónde estaba el peón. Necesito saber algo más de la historia de la partida. ¿Hay algún hecho que pueda ayudarme?

--Pues --contestó uno de los jugadores-- todavía no movió ningún rey. ¿Le sirve ese dato?

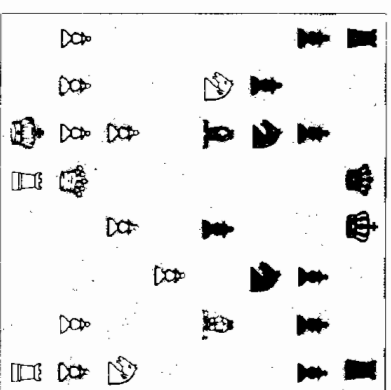
Veamos ahora --contestó Holmes mientras estudiaba la posición más profundamente.-- ¡Sí, por supuesto que es de ayuda! Ahora sé dónde debe estar el peón. ¿Dónde?

¿DESDE DONDE?

Mayo 12. La aventura de hoy fue, desde un punto de vista puramente teórico en ajedrez, la más interesante que hayamos tenido hasta ahora en este viaje.

Paseábamos por la cubierta, doblamos una esquina, y de repente nos encontramos con la siguiente partida:

Negras-14



Blancas-15

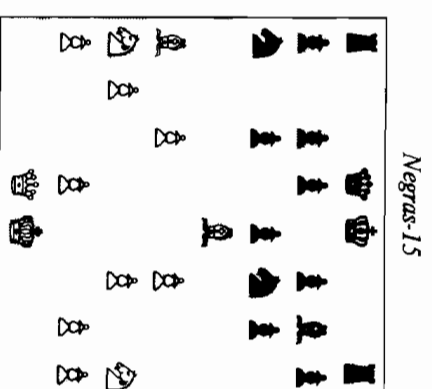
El blanco quitaba la mano del peón en f4. De manera que este peón acababa de ser movido. Pero no vimos de cuál de las casillas posibles: f2, f3 ó g3 lo había movido.

Nos sentamos para mirar la partida. El negro no respondió sino hasta después de un rato largo, y Holmes estudió la situación muy atentamente. De repente preguntó: --Caballeros, ¿hay alguna pieza promovida en el tablero?

Pues, no contestó uno de los jugadores.
 ¡Ah!, eso resuelve el misterio, dijo Holmes.
 ¿Qué misterio? preguntó el otro jugador.
 Verán, contestó Holmes, cuando doblé la esquina, vi cómo concluía la jugada con el peón blanco, pero no sabía desde qué casilla lo había movido. ¡Ahora lo sé!
 ¿Cómo supo Holmes?

¿DIFÍCIL?

Mayo 14. Hoy Holmes y yo nos topamos con la siguiente partida abandonada:



Blancas-14

Observamos la posición durante un momento.

—Esta parece una posición difícil a la cual llegar —observé.

Al oír esto, Holmes comenzó a reírse a carcajadas, ante mi sorpresa. —Watson, podría muy bien darle una respuesta johnsoniana a su comentario boswelliano. ¿Conoce la historia de Johnson y Boswell en el concierto de violín? El virtuoso violinista por fin había logrado ejecutar una composición muy difícil. “Esa pieza debe de haber sido muy difícil”, dijo Boswell a Johnson. “¿Difícil?” —contestó Johnson. “¡Hubiera preferido que fuera imposible!”

—Podría hacer un comentario similar acerca de esta posición. De hecho podía decir: “¿Difícil? ¡Ojalá fuera imposible!” Sin embargo, no es necesario que lo diga, ya que en realidad ¡la posición *es* imposible! No tengo la menor idea de quién jugó esta partida, pero quien haya sido ciertamente no conoce las reglas del ajedrez.

¿Cómo supo Holmes que esta posición es imposible?

REFLEXIONES DE UN LÓGICO

Mayo 16. ¡Encantadora sorpresa! Es posible que el lector recuerde al lógico Fergusson en la primera parte y la aventura del peón ubicado al descuido. Pues bien, está a bordo. Holmes y yo nos pasamos el día entero charlando con él. ¡Es una persona extraordinaria! Se interesa por la filosofía y las matemáticas por igual, y está realizando una investigación significativa de las matemáticas. Es alumno y ardiente discípulo de Gottlieb Frege.

Ya que le gustan los acertijos lógicos —dijo Holmes a Fergusson— ¿ha oído aquel de la isla habitada por caballeros y canallas? Los caballeros siempre decían la verdad y los canallas siempre mentían. Cierta día un desconocido pasó por un jardín en el que había tres habitantes de la isla: llamémoslos A, B y C. El desconocido preguntó a A: “¿Eres caballero o canalla?” A mascullo una respuesta confusa que el desconocido no pudo entender. Entonces el desconocido preguntó a B: “¿Qué dijo A?” B contestó: “Dijo que era canalla”. En ese momento C dijo al desconocido: “¡No le crea a B, está mintiendo!” El problema consiste en determinar si B es caballero o canalla, y si C es caballero o canalla.

Si, es un acertijo muy conocido —contestó Fergusson—. La solución es...

Un momento interrumpí. —No había oído este problema antes. ¿Puede darme un minuto para resolverlo?

Si, por supuesto —contestó Fergusson. Reflexioné durante un momento, al cabo del cual llegué a la siguiente solución: Si C contradice a B, significa que C y B deben de ser opuestos: o sea, uno de ellos es caballero y el otro canalla. ¿Cuál es cual? Bien, B no dijo que A es canalla, sino que A *dijo* que era canalla. ¿Pudo A realmente haber dicho que era canalla? Por cierto que no: si A era caballero, nunca habría mentido diciendo que era canalla.

Y si A era canalla, nunca habría dicho la verdad: que era canalla. Por lo tanto A ¡nunca dijo que era canalla! De ahí que cuando B dijo que A dijo que era canalla, B estaba mintiendo. Por lo tanto B es canalla y C caballero.

Correcto -- dijo Fergusson --. Saben --continuó-- hay un punto en este problema que nunca me ha gustado --esto es, que C es irrelevante-- irrelevante en el sentido de que en el momento en que B habló, ya se podía deducir su naturaleza sin saber lo que C dijera. Por supuesto no hay nada de malo con esto, pero lo considero una debilidad *estética*. Ahora bien, he pensado en una versión mejorada del mismo problema que no contiene dicho punto indeseable. ¿Les gustaría escucharlo?

Sí, por supuesto --dijo Holmes.

Pues bien, en lugar de que el desconocido pregunte a A si es caballero o canalla, la pregunta a A sería: "¿Cuántos caballeros hay entre ustedes?" Una vez más, la respuesta de A es demasiado confusa para que el extraño la entienda. Entonces éste pregunta a B: "¿Qué dijo A?" y B contesta: "A dijo que hay *un* caballero entre nosotros". Y nuevamente C dice: "No le crea a B, ¡está mintiendo!" Otra vez el problema es: ¿qué son B y C?

Holmes y yo pensamos en esta versión durante un momento, y concordamos en que era de verdad mejor. Creo que el lector disfrutará tratando de resolver este problema.

--Holmes --dijo un momento después-- creo que su contravertido problema acerca del enroque puede ser de mucho interés para un lógico. ¿Por qué no se lo cuenta a Fergusson? Me interesaría conocer el punto de vista de un lógico en este asunto.

Y le contamos a Fergusson el problema sin resolver de Holmes, el mismo que presenté a los lectores al final de la primera parte. Explicamos cómo antaño se permitía que un peón se coronara a una pieza de diferente color, y dispusimos las piezas en el tablero. Holmes repitió su argumento de que el negro podía enrocar, ya que la torre promovida aún no ha tenido tiempo de mover. Yo repetí el mío, de que la torre había sido quitada del tablero y luego vuelta a colocar.

A Fergusson lo divertía el problema, y elogió el ingenio de Holmes por habersele ocurrido. En realidad dijo Fergusson --

el problema va más allá de lo que parece a simple vista. El verdadero problema, tal como yo lo veo, es cómo definen exactamente la noción de *pieza*. Supongo que usted, doctor Watson, identifica la pieza con un objeto físico tangible, ¿no es cierto?

Por supuesto -- contesté --. ¿Qué más podría ser una pieza de ajedrez si no es un objeto físico?

Allí está la diferencia entre su punto de vista y el del señor Holmes. El señor Holmes, según creo, es, sin que él mismo se dé cuenta, un platónico como yo; usted tiene tendencia a ser más nominalista. Para nosotros, los platónicos, la pieza en sí no es un objeto físico; el objeto físico que se maneja es sólo un *símbolo* de la pieza. La pieza en sí es una entidad matemática idealizada.

Me temo que eso sí está más allá de mi entendimiento -- admití --. Nunca fui muy bueno para la filosofía.

Pero el tema es importante -- contestó Fergusson, con entusiasmo creciente --. ¡La identificación nominalista de la pieza con su mera representación material puede conducir a serios problemas! Por ejemplo, supongamos que durante una partida alguien quitara un peón blanco de su casilla y lo reemplazara por otro peón blanco del juego de ajedrez. ¿Usted diría que el peón movió?

Pues, no -- contesté --. No bajo esas circunstancias. Sin embargo -- insistí con terquedad -- es una situación diferente. En el problema propuesto por Holmes, la torre negra ya ha sido comida y ha estado fuera del tablero durante algún tiempo, para luego ser colocada nuevamente por medio de una coronación. En esas circunstancias yo diría que la torre *sí* movió.

-- ¿Y cómo sabe usted que fue durante *algún* tiempo? -- respondió Fergusson --. Que usted sepa, la última jugada de las blancas pudo haber sido con el peón en b7 y no con aquel en a7, que comió una pieza negra en a8 y se coronó torre negra: de hecho, ¡el peón pudo haber comido la misma torre negra con la cual se coronó! Supongamos que fue eso lo que sucedió, que el peón se coronó pidiendo la misma torre negra que acababa de comer, y más aún, que la torre nunca había movido previamente. En esas circunstancias, ¿todavía diría que el negro no puede enrocar?

Todos nos reímos con esa idea. A los lógicos a veces se les ocurren las fantasías más alocadas. Pero es muy divertido.

Más tarde ese mismo día, Fergusson tenía un problema que estaba ansioso por mostrarnos. Este problema dijo: combina la lógica y el ajedrez de una manera interesante. El problema es éste: ¿es posible inventar una posición de manera que pueda probarse que las blancas tienen un jaque mate dentro de dos jugadas, pero que dicho jaque mate sea imposible de exhibir?

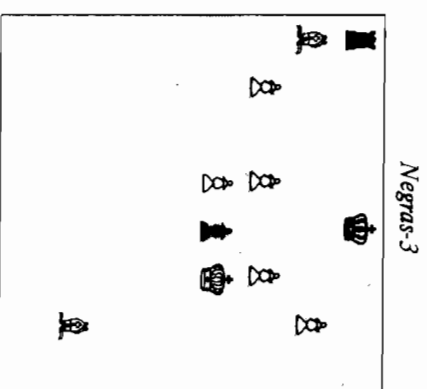
Ni Holmes ni yo entendíamos qué tenía en mente Fergusson exactamente.

¿Podría ser un poco más explícito? —pedí.

Si contestó Fergusson. Tengo en mente una posición concreta. En esta posición puede probarse que las blancas pueden mover y hacer jaque mate en dos jugadas. Con esto quiero decir que puede probarse que *existe* una jugada para las blancas tal, que cualquiera sea la respuesta de las negras, la próxima jugada de las blancas es un jaque mate. Y aún así no existe ninguna primera jugada de las blancas tal que pueda probarse *a juzgar por esa jugada* que, cualquiera sea la respuesta de las negras, la próxima jugada de las blancas es un jaque mate.

¡Ojalá mi hermano Mycroft estuviera aquí —dijo Holmes—. El es más apto que yo para este tipo de razonamiento abstracto. De hecho, ¡este tipo de problema es su especialidad! En lo que a mí respecta, tengo poco entrenamiento para esta clase de razonamiento técnico altamente refinado. ¡Sin embargo, debo confesar que lo que usted describe suena imposible! Después de todo, el ajedrez es un juego finito; en cualquier momento de una partida existen sólo una cantidad determinada de jugadas que pueden realizarse. Por lo tanto, parecería que se pueden examinar en forma finita todos los resultados posibles de las próximas dos jugadas. Si una de las posibles primeras jugadas de las blancas lleva a un jaque mate en cada uno de los posibles resultados comenzando con dicha jugada, esto debe ser prueba de que las blancas pueden hacer jaque mate en dos jugadas y, mas aún, tiene que ser prueba *para esa jugada en particular*. ¡Por eso estoy completamente confundido con lo que dice!

Bien contestó Fergusson —su argumento contiene una sutil pero engañosa falacia. Sin embargo, antes que continuar la discusión en un nivel tan abstracto, déjenme mostrarles la posición concreta que tengo en mente. Y dispuso las piezas de la siguiente manera:



Blancas-8

Afirmo que en esta posición, suponiendo que sea el turno de las blancas, puede probarse que el blanco puede mover y hacer jaque mate en dos jugadas, pero que no se puede exhibir el jaque mate. Holmes y yo estudiamos la posición durante varios minutos. De repente Holmes lo resolvió. ¡Por Dios, señor Fergusson, tiene razón, absolutamente! ¡Realmente brillante!

Recuerde, Watson —continuó Holmes— aquel problema que una vez le mostré en relación con el lema: "Para conocer el pasado, primero se debe conocer el futuro". Pues bien, creo que el problema de Fergusson ilustra muy bien el principio más usual: "Para conocer el futuro, primero se debe conocer el pasado".

Si el lector se halla desconcertado con este punto, dejará de estarlo cuando lea la solución.

SOMBRA DEL PASADO

Mayo 18 (3:20 P.M.) El efecto que produjo en el señor Robinson, quien jugaba con las negras, la explicación de Holmes, fue alarmante. Parecía estar en estado de shock. ¿Se siente bien?

prezunte.

Pues, sí contestó el señor Robinson es sólo que este incidente me recuerda una experiencia muy dolorosa que tuve hace un tiempo.

¿Le importaría contarnos?" preguntó Holmes con su actitud típicamente condescendiente.

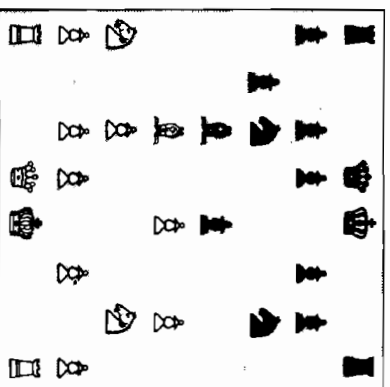
Si contestó Robinson... Fue hace tres años, a bordo de

un barco muy parecido a éste. Había un pasajero en particular que me llamó la atención desde el principio. Nunca supe su nombre; se mostraba siempre apartado, teniendo en cuenta la atmósfera generalmente informal del crucero. Iba siempre acompañado por un hombre con quien subió a bordo; ambos se apartaban de los demás.

-- ¿Qué tenía de particular el pasajero que tanto le llamó la atención? -- inquirió Holmes.

—Era una extraña combinación de características. No pude evitar oír muchas conversaciones entre los dos. El pasajero en cuestión sabía mucho de matemáticas, astronomía, filosofía y ley; diría que era un catedrático. Sin embargo, había cierta cualidad indescriptible en él, cualidad que sólo puedo describir como "sinistro". Era una cualidad que *intuía*, pero que intuía desde el fondo de mi ser. Tenía una actitud furiva, y aparentaba sospechar de todos los que lo rodeaban. De hecho, si hubiera tenido que juzgarlo por su actitud y no por su conversación, habría dicho que era un criminal y no un catedrático.

Tal vez era ambas cosas opinó Holmes . ¿Podría describirlo físicamente?



Blancas-15

—Es cierto —contestó el blanco— pero, ¿cómo diablos lo supo?

—Elemental, señor Wilson, verdaderamente elemental —dijo Holmes, quien más tarde explicó la solución.
De hecho, la solución es bastante elemental.

—¡Claro! contestó Robinson— ¡lo recuerdo muy claramente! Era muy alto y delgado con ojos muy hundidos. Estaba siempre bien afeitado, pálido y tenía apariencia ascética. Había algo de reptil en su aspecto, en particular en la extraña manera en que su cara oscilaba lentamente de un lado hacia otro.

—Una descripción muy singular —dijo Holmes, mirándome de manera significativa—. Y ahora dígame, ¿por qué mi análisis de esta partida de ajedrez le recordó a este individuo?

Pues, fue la situación —contestó Robinson—. Estaba jugando una partida de ajedrez con un pasajero. Más o menos en la mitad de la partida, los dos pasaron y se detuvieron a observar. No se sentaron de manera amigable, como usted y el doctor Watson; ellos permanecieron de pie a cierta distancia y observaron. En determinado momento el pasajero en cuestión dijo, no a mí o al otro jugador, sino a su compañero: —Curiosa partida: una de las piezas del tablero es promovida—. Aunque lo dijo en voz baja, y en un tono casi diría de conspirador, no pude evitar escuchar el comentario. —¿Podría decirme si es blanca o negra? —le pregunté. Me observó con una mirada helada, y contestó: —No me estaba dirigiendo a usted, señor.— Con lo cual él y su compañero se alejaron bruscamente. Esa fue casi la última vez que los vi; las pocas oportunidades en que los vimos de lejos, parecían evitarnos deliberadamente.

—De verdad un episodio interesante —dijo Holmes— si bien desagradable. Pero, señor Robinson, todavía no comprendo por qué este recuerdo es *tan* doloroso para usted.

—Señor Holmes, no le he contado toda la historia —contestó Robinson—. No me atrevo a hablar del resto.

—No quisiera entrometerme en sus asuntos privados —dijo Holmes, poniéndose de pie.

—Señor Holmes, por favor sientese —pidió Robinson.— No es que el asunto sea *privado*; es sólo que . . . pues, francamente, ¡me siento un poco tonto!

Holmes se sentó nuevamente con expresión interesada y genuinamente compasiva. —Usted verá —continuó Robinson— en ese barco sucedieron otras cosas que no pude menos que intuir estaban relacionadas con este pasajero, ¡pero no poseía ni la sombra de una evidencia objetiva! Sólo un sentimiento vago, aunque muy fuerte. ¡Tal vez tenga mucha imaginación!

¿Cuáles fueron esos incidentes exactamente? preguntó Holmes con firmeza.

—Pues, señor Holmes, dos pasajeros murieron a bordo en circunstancias muy misteriosas y sospechosas. Se pensó en un asesinato, y hubo una investigación policial. Sin embargo, no se descubrió ninguna evidencia concluyente, y el caso pronto pasó al olvido. Y ahora, señor Holmes, puede muy bien sonreír y decir que soy un tonto, pero le aseguro que todavía no puede evitar conectar dichas muertes con la presencia de este misterioso pasajero.

—¿Supongo que se está refiriendo a las muertes de un tal doctor Ethan Russell y de su señora? —preguntó Holmes.

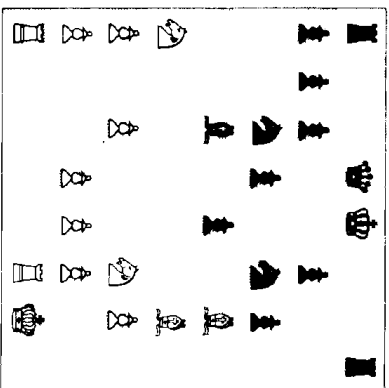
—¡Dios mío, usted sabe todo de este asunto! —exclamó Robinson, casi saltando de su asiento.

—No *todo* —contestó Holmes—. Si sabía *algo*, aunque menos de lo que sé ahora. Soy detective, señor Robinson, y me corresponde saber cosas como ésta.

—Me enteré de este asunto poco después de sucedido —continuó Holmes—. En ese entonces formé mi propia teoría, y todo lo que usted me ha dicho no hace más que confirmarla. Sin embargo aún quedan dos o tres puntos que me gustaría aclarar. ¿Por casualidad recuerda usted la posición de la partida en el momento en que este pasajero —llamémoslo señor M.— lo sorprendió cuando dijo a su compañero que había una pieza promovida en el tablero?

—De hecho, sí —contestó Robinson, buscando su billetera.—

Mi compañero y yo, después de referirnos a la increíble descortesía del par, nos preguntamos cómo diablos pudo saber este tal señor M. acerca de la promoción. Estuvimos casi una hora tratando de resolver este misterio, pero no lo logramos. Entonces cada uno de nosotros hizo un diagrama de la posición en el momento en que el señor M. se acercó a observar la partida. He guardado este diagrama desde entonces, y muchas veces lo estudié nuevamente, pero aún no pude resolverlo. ¿Tal vez usted pueda, señor Holmes?—dijo, y nos mostró el siguiente diagrama:



Blancas-14

Holmes estudió la posición durante algún tiempo, y sacudió la cabeza. —No creo que *pueda* deducirse desde esta posición que existe una pieza promovida ahora en el tablero —dijo Holmes— aunque es trivial ver que debe de haber habido una promoción. ¿Pero por qué la pieza promovida tiene que estar en el tablero *ahora*? —dijo Holmes, confundido.— Estoy seguro de poder reconstruir la posición de manera que eso no sea así.

Holmes estudió la posición un poco más. Entonces preguntó: --¿Está *absolutamente* seguro, señor Robinson, de que el señor M. no vio *ninguna* jugada de esta partida?

—Sólo la última, justo antes de que el señor M. apareciera — contestó Robinson — aunque no creo que eso sea de ayuda.

—¿Y cuál fue la última jugada? —preguntó Holmes con ansiedad.

Yo enroqué—contestó Robinson.—Jugaba con las blancas.

— ¡Ah! — exclamó Holmes — ¡eso le da otro sentido a la situación! Ahora, pues, si las blancas acaban de enrocar, creo que existe una lejana posibilidad de poder probar que hay una pieza promovida en el tablero. De todos modos, el problema no es trivial, y necesitare un poco más de tiempo para verificarlo. ¿Le molestaría que hiciera una copia de esta posición para mí?

—Por supuesto que no —contestó Robinson.

Después de hacerlo, Holmes dijo: —Y ahora, señor Robinson, tengo una pregunta de particular importancia: ¿Cuánto tiempo estima usted que transcurrió desde el momento en que usted entró hasta aquél en que el señor M. hizo a su compañero el comentario acerca de la pieza promovida en el tablero?

—No mucho, señor Holmes; diría que cerca de tres minutos, no más de cuatro.

—Gracias, señor Robinson, es posible que esta información sea de mucha ayuda. Y ahora, caballeros, si me disculpan, quisiera retirarme un momento y estudiar este problema.

Holmes se alejó, y regresó una media hora más tarde. —Señor Robinson —dijo— creo que no necesita preocuparse por tener mucha imaginación. ¡Su intuición fue absolutamente correcta! El misterioso pasajero de su singular experiencia resultó ser uno de los cerebros criminales más grande del siglo. También, entre paréntesis, resultó ser catadrático.

—Holmes —pregunté un poco más tarde cuando estuvimos solos—, ¿cómo puede estar tan seguro de que fue Moriarty? Claro que la descripción de Robinson coincide con la de él a la perfección, ¿pero hubo algo más?

—Sí --contestó Holmes--. Estaba especialmente ansioso por conocer la posición exacta por dos razones. En primer lugar, quería saber exactamente qué tan difícil era el problema. Pues bien, Watson, no soy un novato en lo que respecta al análisis retrospectivo, pero me llevó más de veinte minutos resolverlo. ¡Y en este caso, el pasajero lo hizo en tres o cuatro minutos! Conozco sólo dos personas en el mundo que piensen con tanta velocidad: Moriarty y mi hermano, Mycroft. Y además del hecho de que Mycroft nunca viaja, la descripción de Robinson no se ajusta en lo más mínimo a la de mi hermano --agregó Holmes con una carcajada.

—En segundo lugar, Watson, estaba curioso por saber por qué este pasajero actuó tan quisquillosamente cuando Robinson le preguntó si sabía si la pieza promovida en el tablero era blanca o negra. Ahora bien, a pesar del cerebro brillante de Moriarty, ¡poseía la madurez emocional de un niño caprichoso! No podía soportar la crítica, y montaba en cólera cuando se le hacía una preguntita

cuya respuesta no conocía. Estoy seguro de que si hubiera sabido la respuesta no se habría comportado tan groseramente, sino que la habría respondido de buena gana. Ahora bien, ¿por qué *no* supo si la pieza promovida era blanca o negra? ¿Es posible que el asunto no se pudiera determinar? Pues bien, sucede que este problema ajedrecístico tiene la particularidad de que, aunque se puede probar que hay una pieza promovida en el tablero, ¡es imposible deducir de qué color! Es la primera vez que veo un problema de este tipo. Así que esa es la razón por la cual Moriarty no supo la respuesta, ¡simplemente no pudo haberla deducido!

—Estos hechos, junto con la notable descripción hecha por Robinson, prueban sin lugar a dudas que fue Moriarty quien estuvo a bordo de ese barco fatídico. El único punto que todavía no tengo claro es el *motivo* del asesinato. ¿Qué conexión podía haber entre Moriarty y los Russell?

—Y ahora —continuó Holmes— permítame mostrarle la muy interesante solución a este singular problema ajedrecístico.

ALGUNAS REMINISCENCIAS ESCALOFRIANTES

Mayo 18 (11:15 P.M.) En este momento nos encontramos en medio de una violenta tormenta que sobrevino repentinamente alrededor de las 7:30 P.M. o este barco es notablemente estable, o hay muy poca turbulencia, teniendo en cuenta la violencia de la lluvia y la magnitud de los truenos y los relámpagos. Aquellos que alguna vez hayan pasado por la experiencia de una tormenta en alta mar sabrán qué dramático y espectacular puede llegar a ser.

La mayoría de los pasajeros ya hace un buen rato que se retiraron. Holmes y yo nos acostamos alrededor de las 9:30, pero ninguno de los dos pudo conciliar el sueño. En parte se debió a la tormenta, y tal vez más aún al recuerdo de lo que sucedió hoy, que pesaba en nuestras mentes. Después de intentar en vano conciliar el sueño, ambos nos levantamos, encendimos las lámparas, y continuamos discutiendo sobre lo que había sucedido. De algún modo, la tormenta era un marco apropiado para nuestra conversación.

—Lo peor de todo, Watson, es que yo tenía *cierta* evidencia de que Moriarty iba a tomar ese barco. Si yo hubiera estado presente, esta tragedia podría muy bien haberse prevenido. Pero Moriarty, con mucha inteligencia, desvió mi atención preparando un sugestivo y espectacular crimen para ocultar su partida.

—¿No sucedió para la época del intento de robo de las joyas de la Corona? —recordé, esforzándome por recordar.

—¡Exactamente, Watson! ¡Logré salvar las joyas de la Corona, pero a costa de dos vidas humanas! ¡Ojalá hubiera sido al revés! Permanecimos sentados y con algo de tristeza durante un momento, mientras Holmes despedía el humo de su pipa con más energía que la acostumbrada. —¿Sabe, Holmes? —dije por fin— esta es la segunda vez que aparece Moriarty en relación con el análisis retrospectivo. Recuerde qué sorprendido estaba yo la primera vez: cuando usted me mostró aquel problema monocromático que asoció con el cuento del león y el oso. No sabía que el análisis retrospectivo estaba entre los muchos talentos de Moriarty.

—Sí, por supuesto, Watson, Moriarty fue uno de los más grandes analistas retrospectivos que el mundo haya conocido. De hecho, considero que su investigación en este tema es de mayor importancia que sus trabajos en matemáticas, más conocidos. He coleccionado cerca de una docena de sus problemas, que tengo en mis archivos. Cuando volvamos a casa, Watson, por favor recuérdeme que se los enseñe.

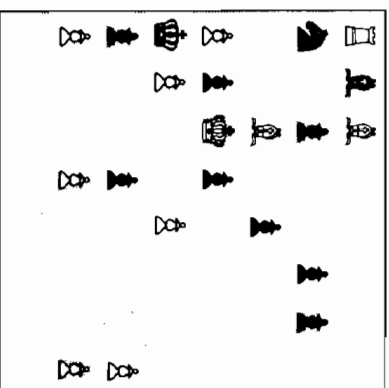
Además —continuó Holmes— en dos oportunidades diferentes en mis encuentros con él, recibí una amenaza por correo, cada una de ellas en forma de problema de ajedrez.

—¡Qué singular! —exclamé.

—Sí, Watson, y creo que usted bien podría publicarlos en sus futuras crónicas.

—La primera amenaza vino en la forma del siguiente diagrama:

Negras-11



El rey blanco no se muestra
Y debajo del diagrama el mensaje:

CIERTAMENTE POSEE UNA CAPACIDAD NOTABLE
PARA HACERSE INVISIBLE, HOLMES.
SIN EMBARGO, ¡PUEDO HACERLE JAQUE MATE
EN UNA JUGADA!

Holmes me entregó el diagrama, que comencé a estudiar.
—Pero, Holmes —exclamé— ¡no está el rey blanco en el tablero!

—Por supuesto que no, Watson, ¡y ahí está el problema! Como muy gentilmente me informa Moriarty, el rey blanco es invisible.

—¿El rey blanco? —pregunté, sin comprender aún la verdadera naturaleza de la situación.

—¡Ah, Watson! —dijo Holmes, riéndose— ¿por qué se toma las cosas tan al pie de la letra? Evidentemente en esta posición, Moriarty se identificó con las fuerzas negras y a mí, con las blancas. Entonces aquí soy el rey blanco quien, a pesar de ser invisible, puede recibir jaque mate en una jugada.

¿Cómo lo dedujo? —pregunté.

—Realmente, Watson —dijo Holmes, riéndose más que antes— ¡esto es el colmo! No se necesita *deducir* esto, mi niño; esta parte se basa en la intuición: es evidente por sí misma.

—De todos modos —continuó— mi problema más inmediato era resolver este misterio lo más rápido posible. ¿Podía determinar se en qué casilla debía estar el rey blanco? A pesar de mi agotamiento, me esforcé muchísimo para llegar a la solución. Sí, median te el análisis retrospectivo surgió que el rey sólo podía estar en una casilla. ¡Y de hecho había jaque mate en una jugada!

—Entonces, Watson, en forma inesperada se me ocurrió la siguiente escalofriante idea, la cual me salvó la vida. Si se pudiera ubicar una cuadrícula gigante de sesenta y cuatro casillas por sobre toda la superficie de Londres, y de esta manera encerrando Londres en un gran tablero de ajedrez, el norte representando a las negras, entonces la casa en la que planeaba pasar la noche siguiente se hallaba ¡dentro de la misma casilla en la que debería estar el rey blanco! Todavía no sé si fue pura coincidencia o si fue parte de la

idea diabólica de Moriarty. De todas maneras, no me arriesgué y cambié abruptamente mis planes para la noche siguiente. Ahora bien, debo decirle que el lugar donde había planeado pernoctar fue volado la noche siguiente. Por fortuna no había personas que pudieran salir heridas. Sin embargo debo confesar que la experiencia fue, para mí, desalentadora.

Ya lo creo —contesté—. En muchos aspectos, Holmes, creo que esta fue una de las aventuras más curiosas que jamás haya tenido. Sin embargo hay algo en todo esto que me confunde terriblemente. ¿Por qué diablos Moriarty le envió esa carta? ¡Parece más una provechosa advertencia que una amenaza!

—¡Ah, Watson, ése es un misterio que yo nunca pude resolver! Sólo caben cuatro posibilidades. La primera —que es, para mí, la menos probable— es que Moriarty simplemente desestimó mi capacidad para resolver el problema. Pero eso no es típico de Moriarty. La segunda posibilidad es que Moriarty, aunque confiaba en que yo podría resolver el problema, simplemente como tal, no tenía razón para creer que se me ocurriría imaginar el diagrama como si fuera un mapa de Londres. De hecho, como ya le dije, Watson, no tengo idea de *cómo* pudo haberse ocurrido. La tercera posibilidad, por supuesto, es que la correspondencia de la casilla con la región de Londres en la que planeaba quedarme no fuera más que una increíble coincidencia. Sin embargo, ninguna de las tres posibilidades explica ni siquiera remotamente por qué no se deshicieron de mí ¡la noche anterior! Ahora bien, la cuarta posibilidad, aunque muy extravagante, es la única que también podría explicar esto último, y por lo tanto es la única que puedo tomar seriamente.

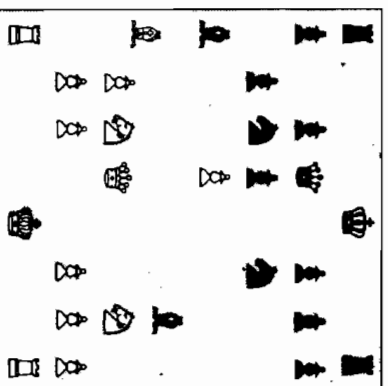
—Usted sabe, Watson, que a pesar de la inteligencia poco común de Moriarty, creo que era un psicótico. Teniendo en cuenta ese desequilibrio, ¿es tan alocado pensar que, como se divertiría tanto conmigo jugando al gato y al ratón y viendo cómo me costaba escapar, simplemente quería prolongar la agonía? Para darle crédito a esta hipótesis le diré que todo esto ocurrió en nuestros primeros encuentros, no mucho tiempo después de que nuestros caminos se cruzaron por primera vez. Todavía no lo había estorbado en ninguno de sus proyectos *principales*. ¿No podría ser que quería jugar conmigo un poco más, hasta que yo me convirtiera en una amenaza realmente seria?

UN ALFIL DESPLAZADO

Mayo 19. La tormenta amainó a eso de las 6:30 A.M. tan repentinamente como se desencadenó. Hoy es un día muy hermoso.

Fuimos a cubierta un poco temprano esta mañana. Nos encontramos con Robinson y su compañero, en medio de otra partida de ajedrez. Robinson parecía tener mejor ánimo que el día anterior.

Negras-15



Blancas-14

Había un alfil entre a3 y a4. Mientras observábamos, ambas partes enrocaron en forma sucesiva. Entonces Holmes colocó el alfil en el lugar correcto.

—No creo que nada que pueda hacer me sorprenda ahora —dijo Robinson riéndose.— Igualmente, me gustaría saber cómo lo supo. ¿Cómo? La solución es bastante fácil.

UN MONOCROMATICO EXTRAORDINARIO

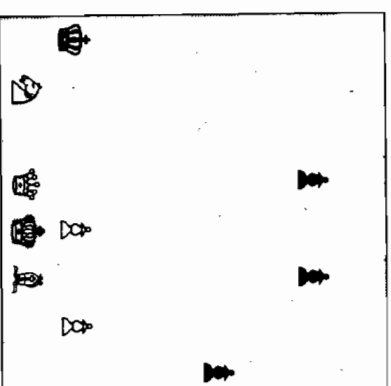
Mayo 22. Hoy nos encontramos con lord Ashley y su esposa. Jugaban una partida de ajedrez. Lady Ashley es una gran fanática del ajedrez, y su habilidad por lo menos iguala la de su marido.

Buenos días, Holmes —dijo lord Ashley cuando nos acercábamos.— Estamos en mitad de una partida sumamente inusual. Ninguna pieza fue movida desde una casilla blanca a una negra ni desde una casilla negra a una blanca.

—¡Ah!, una partida monocromática —observó Holmes.

—¿Así la llaman? Pues bien, es la única clase de partida que jugamos lady Ashley y yo. Pero ésta en particular, además de ser monocromática, ha sido sumamente inusual.

Negras-4



Blancas-5

Holmes estudió la posición. —¿De quién es el turno? —inquirió.

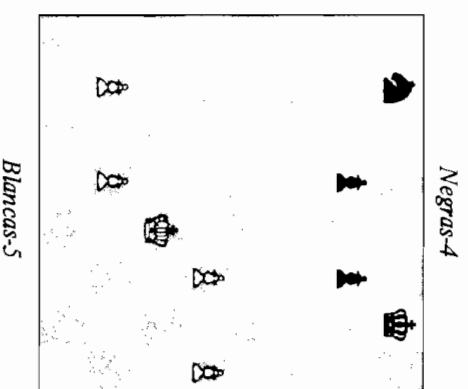
—Mío —contestó lord Ashley, que jugaba con las blancas.

—De hecho es una partida extraordinaria —dijo Holmes.— Por un lado, percibo que ha habido una promoción. Por otro lado, un peón ha sido comido al paso.

—¡Increíble! —dijo lady Ashley. Yo también estaba sorprendido hasta que Holmes explicó la solución. E incluso después de escuchar la solución, todavía estoy sorprendido.

EL PROBLEMA DE LADY ASHLEY

Mayo 22 (*algunos minutos más tarde*) — Mi esposa, Ellen, ha compuesto ella misma algunos interesantes problemas monocromáticos — dijo lord Ashley, con genuino orgullo. — Por favor permítanme mostrarles uno—. Dispuso las piezas de la siguiente manera:



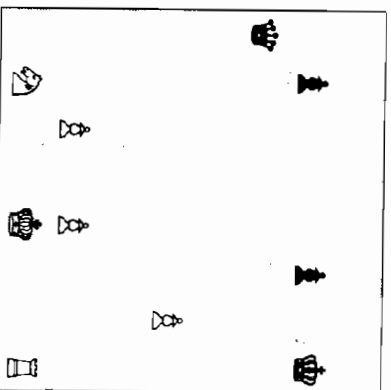
—En esta partida ninguna pieza fue movida desde una casilla de un color a una casilla de otro color. Además, el rey blanco sólo ha movido dos veces. La pregunta es: ¿ha sido recuperada la casilla h8?

UN PEQUEÑO ENGAÑO

Mayo 23. Nuestra última aventura ajedrecística a bordo, si no dramática, fue agradable.

Poco después de desembarcar, Holmes y yo fuimos a caminar con lord y lady Ashley. Nos encontramos con la siguiente posición abandonada:

Negras-4



Blancas-6

—¿Hay algo inteligente que pueda deducir de *esta* partida, señor Holmes? Inquirió lady Ashley con tono típica y encantadoramente travieso.

—Sólo que usted y lord Ashley no fueron los jugadores —contestó Holmes habilmente.

¿Cómo lo supo Holmes? Puedo asegurarle al lector que no me he guardado ninguna pista.

EN LA ISLA MARSTON

Junio 15. Mañana zarpamos rumbo a casa. Es nuestro último día en la Isla de Marston. ¡pero qué momentos pasamos!

Cuando llegamos, los únicos habitantes eran: el coronel Marston, su hermano, Edward, quien había venido especialmente para la ocasión, y Jal, el sirviente nativo recientemente contratado por el coronel. Todos éramos muy ansiosos por comenzar con la aventura, así que no perdimos tiempo y enseñada nos instalamos escaleras arriba, en la biblioteca del capitán. Dicha biblioteca, que cuenta con alrededor de ocho mil volúmenes, ocupa todo el segundo piso. En un rincón había un sofá, donde se decía que el viejo a menudo dormía después de haber trabajado hasta tarde en la noche. Al lado de la enorme ventana oeste estaba el escritorio del capitán: una plancha de roble de un metro por tres, apoyada sobre dos viejos gabinetes. Toda la habitación representaba la curiosa e intrigante combinación de gustos de un hombre que era a la vez sabio y hombre de mar. Todas las paredes están cubiertas con repisas, y el espacio restante está lleno de mapas, cartas de navegación, manuscritos personales, telescopios de bronce, cronómetros y diversos instrumentos náuticos y de reconocimiento.

El coronel Marston mostró a Holmes el mapa. ¹

¿Tiene sentido? —preguntó Marston.

No a primera vista —contestó Holmes.— Me temo que para disfrutarlo hará falta buena suerte y mucho estudio.

Y ahora —prosiguió— me gustaría encerrarme en esta biblioteca durante algunos días. Incluso me gustaría dormir en este sofá, si me lo permiten. Necesitaré un permanente acceso a estos libros.

¹ El lector debe remitirse a las páginas que siguen. J.W.

Además, esta atmósfera me resulta inspiradora y propicia para la reflexión.

Casi no vimos a Holmes en los cuatro días que siguieron. Tampoco habría comido si Marston no hubiera enviado a Jai a servirle sus comidas. Entonces, en la mañana del quinto día, Holmes descendió con aire triunfante cuando nos encontrábamos tomando el desayuno.

Creo haber resuelto el aspecto teórico del asunto, caballeros. Lo que se necesita ahora es un minucioso estudio del terreno.

—¡Perfecto! —exclamó el coronel Marston.— La agrimensura era mi ocupación principal en el ejército, y los instrumentos de mi bisabuelo, aunque un poco anticuados, son tan precisos como cualquier otro.

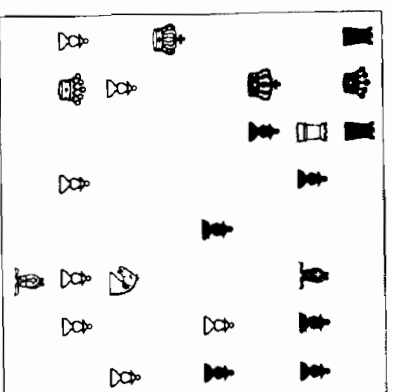
Pasamos los dos días siguientes estudiando la isla. Hacia la noche, Holmes ya había trazado una superficie de unos doce metros cuadrados en el sudoeste de la isla. —Mañana por la mañana veremos —dijo.— Si mis cálculos son correctos, el tesoro tiene que estar dentro de este cuadrado.

El amanecer del día siguiente nos sorprendió a los cinco con piquetas, palas y azadas. Comenzamos en el centro del cuadrado. No transcurrió mucho tiempo antes de que la pala de Jal chocara con un cofre. Diez minutos más y ya estaba desenterrado. El cofre tenía aproximadamente 0,90 m de largo, 0,75 m de ancho y 0,60 m de profundidad. Estaba amarrado con bandas de hierro. Creo que nos llevó más tiempo romper las bandas que desenterrar el cofre, o ¡por lo menos así lo creímos debido al estado de excitación en que estábamos! Pero cuando por fin logramos abrir la tapa, ¡oh, sorpresa! el cofre estaba vacío excepto por una moneda de oro y un pergamino en el que estaba escrito el siguiente mensaje:

SABIA QUE APARECERIA POR AQUI TARDE O TEMPRANO.
HOLMES, ¿PERO NO CREE QUE LLEGA UN POCO TARDE?
M.

—Tarde por lo menos tres años —dijo Holmes con tristeza.

1
N-11



B-12

M.N. 131-12, 3, 6;

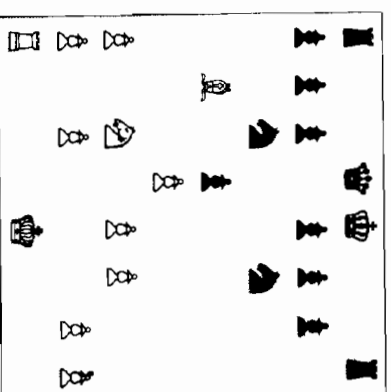
27-5, 14.

22-3, 16, 4, 18, 7, 14;

32-12, 2, ¿21?

11

N-13



B-12